

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

LASTIMA QUE NO TE DUCHARAS

A. J. J. J.

Ralph Barby

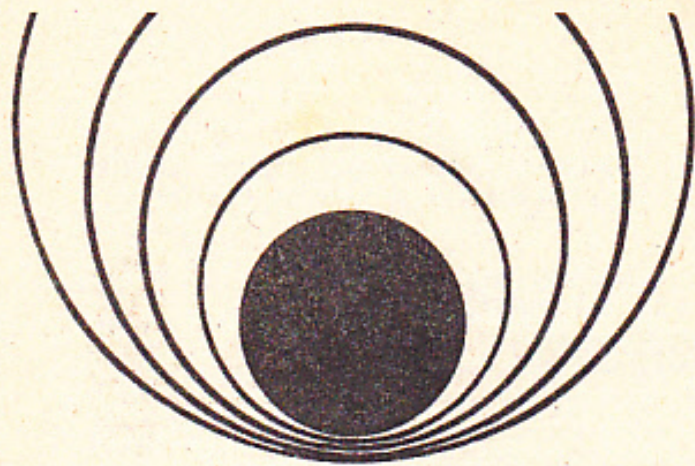


SOLO MAYORES DE **18** AÑOS

Ralph Barby

LASTIMA QUE NO TE DUCHARAS

CP



PUNTO ROJO



RALPH BARBY
LASTIMA QUE NO TE DUCHARAS

Colección PUNTO ROJO n.º
994 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.596 — Chantaje entre tiburones.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.305 — Bajo de la montaña y sólo recibo tortas.

En Colección PUNTO ROJO:

986 — ¿Le apetecen unos millones de dólares?

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — Los rebeldes del pañuelo rojo.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

120 — La matanza del paso de Trout Creek,

En Colección BUFALO SERIE AZUL

85 — Una bala para un «Colt».

ISBN 84-02-02520-X Depósito legal: B. 8.851 -1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: mayo. 1981

© Ralph Barby -1981

texto

© I. Almazán - 1981

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1981

CAPITULO PRIMERO

El yate «Banana» estaba pintado de un blanco tan níveo que mirarlo en un día de sol dañaba los ojos. Tendría una eslora de treinta metros y una manga de seis.

Estaba propulsado por turbohélices y sus camarotes poseían una decoración exquisita, tan valiosa como artística.

No era un yate con mentalidad de jeque árabe multimillonario en petrodólares, pero había que poseer muchos millones para poder pasearse por los mares a bordo del «Banana», propiedad de Leonardo Santoaria.

Acababa de zarpar del club marítimo de Miami.

En la popa había unas butacas para la pesca de gran altura, pero no era ésa la diversión principal que se ofrecía en el lujoso yate; los que allí acudían buscaban especialmente contactos que aumentaran los beneficios de sus negocios.

Leonardo Santoaria era un hombre que teniendo sesenta años, aparentaba cuarenta. Practicaba deporte y se ponía en manos de los mejores cirujanos para que dieran a su rostro un aire juvenil y por suerte para él, contribuía a su buen aspecto una abundante cabellera que si bien en su estado natural era ya canosa, un simple pero eficaz tinte se la oscurecía, borrando las huellas de los años.

Nadie que conociera a Santoaria ignoraba su afición por las mujeres, especialmente jóvenes.

Se comentaba que en su país, cuando había estado sometiendo a su pueblo, a las hembras jóvenes se las había llevado por las buenas o con amenazas, por lo que podía alardear de haber poseído a una variopinta cantidad de mujeres.

Un golpe de estado en su nación le había obligado a cambiar de aires y como otros en sus circunstancias, había pensado en vivir al Sur de los Estados Unidos; allí tenía amigos y muchos dólares en los Bancos.

Y hablando siempre de un futuro e hipotético regreso a su país de origen para reimplantar el orden, Leonardo Santoaria se había dedicado a vivir en el lujo y la corrupción que se originaba en torno suyo.

—¿Qué te parece el «Banana», querida cuñadita?

La rubia y juvenil Evel le miró con indiferencia.

—Es un nombre muy fálico, ¿no crees?

—Es que a mí me gustan muchos las «Bananas» y más cuando me han proporcionado tanta plata.

—¿Y Martha?

—Nos está esperando en Boston. Es muy especial tu hermana, chiquita.

—Martha vale mucho.

—Sí, es cierto, pero ya ha perdido parte de su encanto.

—Prometía ser una de las estrellas más rutilantes de Hollywood.

—Ajá, hicieron muy buenas películas con ella; prometía, prometía, pero ahora ya no interesa.

—Porque tú la apartaste del cine y del teatro.

—Era lo lógico, ¿no? Se había casado con el presidente... Otras artistas de cine hicieron lo mismo que ella y abandonaron su carrera.

—Pero, tú has dejado de ser presidente, por suerte para tus compatriotas.

Un ramalazo de ira cruzó los ojos de Santoaria, pero no duró mucho. En los últimos tiempos estaba acostumbrado a oír palabras hirientes para su persona, frases que él se había ganado a pulso.

—Le daremos una sorpresa a Martha.

—¿Ah, sí?

—Ella no sabe que tú vienes en este viaje. Sé que os apreciáis mucho.

Evel se encogió de hombros.

—Hace tiempo que no nos vemos. —Y se acodó en la baranda, mirando hacia Miami que se perdía a lo lejos.

—No ha podido cuidar de ti en los últimos tiempos todo lo que quisiera, ya sabes que anda atareada. Ha sufrido unas crisis de nervios, una profunda depresión. Ha buscado contratos y se ha encontrado con las puertas cerradas, ella que creía poder volver a brillar en el firmamento artístico si lo deseaba. No debió intentarlo de nuevo.

—Martha ha sido siempre muy valiente, muy luchadora.

—Pues, por lo visto, la lucha en el mundillo del espectáculo es a muerte y tu hermana no tiene las de ganar.

—¿Por qué dices siempre «mi hermana», en lugar de tu mujer?

—No sé, hace tiempo que nos hemos distanciado un poco.

—Será por la cantidad de chicas que han subido a este yate.

—Vamos, vamos, ven conmigo. Eres inteligente, muy inteligente. En ese colegio que yo pagaba, porque los cheques los mandaba yo, te han dado una educación muy completa y eso es bueno, muy bueno. En la vida no todo son «dos y dos, veintidós». —Se echó a reír.

Evel hubiera deseado quedarse más rato en la cubierta de popa para ver desaparecer la ciudad, pero se dejó llevar por Leonardo Santoaria, el marido de su hermana que, como él mismo había

puntualizado, había pagado la última fase de su educación cultural, la más costosa, pues podía decir que no le había faltado nada.

En el bar que tenía en el saloncito, un camarero negro les atendió.

—¿Desea su champaña con vodka, mi presidente?

—Sí, Luis. ¿Y tú, Evel?

—No me apetece nada.

—Vamos, vamos, prepara una copa de champaña para la señorita, Luis. —Mirando a Evel, explicó—: No es champaña yanqui, no te vayas a creer que tengo tan mal gusto; es francesa.

—Tú puedes permitirte todos los lujos, ¿verdad?

—¿Siempre vas con jerseys y blue-jeans? —preguntó, mirando los pantalones vaqueros que estilizaban las piernas femeninas.

—Es una ropa cómoda —respondió mientras Luis descorchaba la botella de champaña con maestría.

—Tú eres una muchacha elegante y si yo te presentara a gente importante podrías ocupar el puesto que Martha tuvo en el cine.

—No quiero ocupar su puesto —rechazó.

—Para estas cosas, Martha ya está pasadita.

—¿Pasadita? Todavía no ha cumplido los treinta —protestó Evel.

—Son muchos años —objetó él con su dulzón acento latinoamericano.

—¿Por qué no se lo dices a ella?

—Ya se lo dije, chiquita, ya se lo dije, y por poco me arranca los ojos. Martha ya no es la que fue, el tiempo no pasa en vano.

—Tú tampoco.

El hombre cogió la copa de champaña, ya preparada por su camarero de color.

—Pero tengo mucho dinero y posibilidades de volver a la presidencia; el mundo de la política de muchas vueltas.

—La verdad, no entiendo como Martha pudo casarse contigo precisamente cuando estaba en pleno éxito.

—Chiquita, yo podía darle más joyas que su mánager, que sus promotores; además, está el boato. Sí, ya sé que son estupideces, pero otras se casaron por lo mismo. Martha aspiraba a ser una Evita, una Grace, pero ella no tenía talla, me equivoqué.

—¿Ella o tú?

Evel se preguntó cómo su hermana podía aguantar casada con aquel hombre y Leonardo Santoaria semejó adivinarle el pensamiento.

—Valgo más de lo que supones, chiquita, mucho más. Anda, bebe una copa. La verdad, no sería malo que empezara a pensar en divorciarme...

Evel le dejó hablar mientras consumía su copa de champaña.

En realidad no le escuchaba. Había esperado encontrarse con su hermana, pero ésta se hallaba lejos, muy lejos y ahora, para reunirse con ella, su cuñado el multimillonario ex-presidente latinoamericano, la llevaba en su yate.

—Me voy a descansar.

—Como quieras, chiquita, ya sabes cuál es tu camarote. Yo iré a ver a los otros invitados —le dijo Santoaria.

Recordaba cuando su hermana se había casado con Santoaria; lo había mirado con los ojos muy abiertos, unos ojos de niña fácil de deslumbrar, pero habían bastado unos pocos años para darse cuenta de que su hermana se había equivocado, o se había equivocado el propio Santoaria.

Pensó en lo del divorcio y se dijo que hablaría con su hermana, si es que ella se lo permitía; en los últimos tiempos, apenas se habían visto y quizás al enfrentarse ambas se miraran como dos desconocidas.

Se quitó los blue-jeans, se desnudó por completo y se colocó bajo la ducha del pequeño pero coquetón cuarto aseo que poseía el lujoso camarote.

Ya refrescada, se puso un camisón cortito y se dejó caer en la cama.

Pensaba que le gustaría hacer aquel viaje con un hombre al que amase cuando la puerta del camarote se abrió, sorprendiéndola.

—Hola, chiquita, ¿cómo te encuentras? He traído una botella para los dos —dijo Santoaria. Iba en bata y con una botella y dos copas en la mano.

—¿Qué haces aquí? Sal de mi camarote —le dijo, tuteándole como hacía siempre desde que le conociera siendo todavía niña.

Leonardo Santoaria no parecía dispuesto a marcharse, se sentía muy seguro de sí mismo.

—Tranquilízate y todo irá mejor. Después de todo, así es la vida. El lobo poderoso se come a la Caperucita ingenua y yo quiero tu Caperucita para mí.

—¡Márchate o gritaré! —amenazó la muchacha viéndose acorralada en el camarote.

—¿Gritar en mi propio yate? —El millonario se carcajeó—. Vamos, chiquita, creí que eras menos ingenua. Además, en tu champaña había un sedante fuerte. No me gustan las peleas, ya no tengo los años jóvenes para divertirme luchando con una hembra salvaje. Prefiero que estés tranquila, te someterás mejor y te darás cuenta de que no es para tanto.

Al oír aquellas palabras, Evel se horrorizó. Se irguió en la cama y entonces se dio cuenta de que, en efecto, sus piernas y sus brazos estaban como algodónados, no le respondían bien, no tenía

fuerza tal como decía Santoaria.

—¡Canalla!

—Insultarme puedes hacerlo, no me molesta, hasta me excita.

—Si me tocas, te denunciaré.

—Vamos, vamos, ¿quién te va a creer? Además, tú no querrás un escándalo porque yo también puedo tirar de la manta...

—No comprendo cómo Martha no te conoce tal como eres.

Leonardo Santoaria se sentó en el borde de la cama y llenó las copas tras descorchar la botella.

—Mira, si crees que al hacerte mujer, porque ya eres una mujer y tu premier va a ser para mí —le dijo cínicamente—, te has metido en un mundo limpio, estás equivocada. Martha, tu hermana, mi esposa, se acuesta con Morris y Morris es mi consejero yanqui, mi brazo derecho, y yo lo sé, pero ¿qué puedo hacer, matarlos? No soy tan idiota. Me divorciaré y entonces tu hermana dejará de ser interesante para Morris que la apartará también de su vida. Ella tendrá que buscarse amantes en cualquier otra parte.

—¡Mientes, mientes! —gritó Evel.

—Anda, bebe champaña. Luego, cuando yo me haya relajado, tú lo verás todo de distinta manera.

Evel dio un manotazo a las manos de Santoaria e hizo saltar la bebida que mojó el rostro del hombre.

—Está bien, quieres pelea, ¿eh? Aún no tienes suficiente sedante para quedarte quietecita... Veremos lo que resistes.

Se lanzó sobre ella. Evel intentó escapar, pero lo hizo con tanta torpeza que no lo consiguió y acabó cogida por la cintura.

—¡Ya te tengo!

En aquel momento se produjo un ruido sordo que se propagó por el yate que se balanceó de forma ostensible.

Leonardo Santoaria se irguió, olvidándose de Evel y del placer que podía proporcionarle la violación canallesca de la muchacha drogada. Miró su reloj y masculló:

—¡Estúpidos!

Saltó de la cama sin preocuparse más de la joven y abandonó el camarote.

Evel se tambaleó en la cama. Puesta a gatas, sollozo mientras los cabellos largos y lacios, profundamente dorados, caían en torno a su cara. Era una muchacha hermosísima, atraía.

En medio de sus sollozos, oyó gritos de espanto y la sirena lanzando al aire su llamada intermitente de petición de ayuda.

Pese al fuerte efecto del sedante que traidoramente le habían puesto en su copa, Evel se dio cuenta de que algo grave ocurría en el yate.

Había peligro, ignoraba de qué clase, pero su instinto de conservación se puso en marcha. No pensó en nada y tal como iba, vestida con el corto camisón de seda, salió del camarote.

Pronto, el yate comenzó a escorar amenazadoramente.

La gente gritaba en cubierta y la humareda se hacía más y más densa, el humo brotaba por ventanas y ojos de buey e incluso por una puerta que daba a la cubierta de popa escapaban llamas.

—¡A la lancha, a la lancha! —gritaba Leonardo Santoaria.

Dos lanchas comenzaron a descender sobre las aguas oceánicas.

Evel vio venir hacia ella una figura alta, negra de piel. Se estremeció, quiso escapar, pero aquel hombre le puso un chaleco salvavidas de nylon amarillo. Se lo sujeto sobre el pecho y ella le miró; era el camarero que la había drogado con la champaña que le dijo:

—Hay que abandonar el barco en seguida, se hunde.

—¡No, no, no! —gritó Evel sin saber lo que hacía.

—¡Hijos de perra! —masculló Luis, viendo que las dos lanchas se alejaban sin esperarles.

Entonces, cogió a Evel y la arrojó al agua. Tomando un salvavidas, se arrojó tras ella mientras el «Banana» se hundía más y más en medio de enormes llamaradas.

Uno de los invitados que creía haberse salvado en la lancha, comenzó a darse cuenta de que el agua entraba y entraba más en ésta.

—¡Hay que achicar el agua, hay que achicarla, se está llenando el bote!

Todos se dieron cuenta de que era cierto y al otro bote le ocurría lo mismo. Como pudieron, con las manos, trataron de achicar el agua, pero el bote se volcó.

Hubieron gritos y chapoteos mientras, a lo lejos, la humareda ensuciaba el cielo y las llamas semejabán brotar del fondo de las aguas oceánicas.

No todos llevaban salvavidas y tampoco sabían nadar o no tenían edad para resistir. El mismísimo Leonardo Santoaria sintió que el corazón se le paralizaba.

—¡Tiburones, tiburones! —gritó una mujer.

Las terroríficas aletas aparecieron en torno al grupo de seres humanos que trataban de salvarse y semejaban estar en un mar hirviente, pues su chapoteo era violentísimo.

Luis, el negro, comenzó a bracear pidiéndole a Evel:

—¡Cógete al salvavidas!

La joven, que además llevaba chaleco salvavidas, se aferró al salvavidas redondo mientras el negro braceaba alejándose del yate que se hundía y, lógicamente, provocaría un remolino de

succión que arrastraría hacia el fondo todo lo que flotara a su alrededor, aunque luego todo volvería a aflorar a la superficie; y también se alejaba del lugar donde los voraces tiburones habían descubierto un gran festín.

Evel no supo cuánto tiempo pasó hasta que oyó el fuerte fragor de un helicóptero en vertical sobre ellos.

Un cable en cuyo extremo había unos garfios comenzó a descender lentamente. Luis, un hombre fuerte, lo agarró con desesperación, el agotamiento comenzaba a hacer mella en él.

El helicóptero del servicio del guardacostas estaba allí, sobre ellos, para salvarles la vida mientras las palas batían ruidosamente en el aire.

CAPITULO II

El luchador oriental se hallaba frente a Tob Duncan.

Ambos llevaban las protecciones de rigor y el casco ponía a salvo sus respectivos cráneos en la lucha del full-contact.

Puñetazos, golpes de Karate, codazos, patadas... Aquélla era una lucha en la que se mezclaban diversas disciplinas.

Tob Duncan, alto, de apariencia un tanto delgada pero de complexión atlética, practicaba deporte cada día para mantenerse en forma y las luchas orientales eran sus preferidas, ya que en su vida profesional solía encontrarse con problemas que tenía que resolver sobre la marcha.

Se intercambiaron los golpes. Tob consiguió hacer doblar la rodilla a su adversario y acabó tumbándolo con dos kaka-to-geri consecutivos. Después, se inclinó sobre él para preguntarle:

—¿Cómo te encuentras?

—Aturdido —confesó el oriental.

—Vamos a las duchas.

—¡Eh, Duncan! —exclamó un hombre que mordía un largo cigarro y llevaba el sombrero echado hacia atrás.

—¿Sí?

—¿Quieres un contrato para una pelea de full-contact?

—No, gracias, no soy un profesional de la lucha.

—Podrías serlo. Un combate cada dos meses no te estorbaría en tu vida normal y siempre ganarías unos dólares extras —insistió el promotor de full-contact o karate profesional americano, tratando de convencerlo.

—Gracias, no pierdas el tiempo.

Salió del gimnasio ya refrescado por el duchazo y a bordo de su automóvil biplaza color verde claro, se dirigió a su apartamento.

Cuando hubo estacionado el coche, se abrió la portezuela y descubrió a una mujer de aspecto muy agradable. Era alta, de cabellos rubio oscuros y cubría sus ojos con unas gafas grandes y oscuras.

—¿Tob Duncan?

—Sí.

—Quería hablar con usted —dijo ella.

—¿Cree que el estacionamiento de coches es el mejor sitio?

—Si quiere, subimos a su apartamento.

—Mejor, allí podemos tomar una copa, si es que le apetece.

—Me apetece.

—Entonces, subamos.

El ascensor les condujo a la planta dieciocho. El apartamento era espacioso, con grandes ventanales desde los cuales se divisaba el

mar. El atardecer era hermoso.

—¿Sabe lo malo de este apartamento? —preguntó el hombre mientras preparaba un par de vasos.

—No, a mi me parece comfortable y con buena vista.

—Que como mira al océano, no puedo saborear las puestas de sol.

—Pero, verá bien las amanecidas.

—¿Ve usted muchas amanecidas?

—No soy de esa clase de mujeres.

—¿Por qué no se quita las gafas, que pueda ver sus ojos?

—Sufro algo de ftofobia.

—¿Quiere que corra las cortinas?

—No, no hace falta.

El, sin importarle que ella continuara en pie, se dejó caer en una butaca como para contemplarla mejor, de abajo arriba.

—Es usted Martha Ibsen, ¿verdad?

—¿Tan fácil es reconocerme?

—Hace tiempo que no veo una película suya, pero soy buen fisonomista; además, no me extraña que venga a verme teniendo en cuenta que la póliza que cubría los riesgos del yate propiedad de Leonardo Santoaria está suscrita con la compañía aseguradora que suele contratar mis servicios.

—Veo que es buen detective, celebro no haberme equivocado.

—Un momento...

—Tú dirás —le dijo tuteándole, sentándose también y cruzando sus piernas sin importarle que él contemplara la perfección de sus líneas.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—Un amigo.

—¿Puedo saber su nombre?

—No, por ahora.

—Le advierto que si la compañía me contrata para investigar en el hundimiento del yate «Banana», no será bueno que usted me visite y menos que yo la escuche, salvo que quien haga preguntas sea yo, claro.

—¿Te ha contratado ya la compañía aseguradora para investigar este caso?

—No, y es posible que no lo haga. Yo no soy empleado de la aseguradora, soy libre y me contrato por servicios concretos. Puede ser que este asunto esté muy claro y no haya que realizar más investigación que la que dé por buena el servicio de la policía.

—De todos modos, si no te contrata la compañía aseguradora, lo haré yo.

—Despacio, la opción de primacía la tiene la aseguradora.

—Acepto la condición, pero si la aseguradora no te contrata antes de siete días, ven a verme.

—Un momento.

Martha hizo ademán de levantarse, pero él, alargando el brazo, cogió el antebrazo femenino y la contuvo.

Ella le miró interrogante.

—¿Tienes algo especial que decirme?

—¿Qué es lo que pretende?

—Que el asesino y sus secuaces paguen lo que han hecho.

—¿Tanto amaba a Santoaria?

—¿Amarle? —Se echó a reír.— No, claro que no. Era un viejo estúpido y baboso, un engreído despreciable. Por su culpa había muerto mucha gente.

—Entonces, ¿por qué exige justicia?

—Iba a divorciarme de Santoaria y me hubiera correspondido una pensión magnífica.

—Comprendo. ¿Y lo ha perdido todo?

—Por lo visto, la fortuna de mi marido estaba muy desperdigada y colocada en valores inmuebles. En fin, que no hay forma de tocarlos y su familia se me echa encima.

—Entonces, se queda viuda y con las bragas puestas.

—Eres un poco grosero, ¿no crees?

—Está bien, sin las bragas.

Ella le miró muy fijo y acabó sonriendo ampliamente.

—Hablemos con claridad. Si aparecen los culpables del hundimiento del «Banana», la aseguradora pagará la póliza, ¿verdad?

—Sí, claro, siempre que en el siniestro no hayan tenido nada que ver Santoaria ni los posibles beneficiarios.

—De esa póliza soy beneficiaría yo y, por supuesto, la póliza que cubría la posible muerte de Leonardo también me correspondía a mí.

—¿Se da cuenta de que en esta clase de asuntos el beneficiario de la póliza se convierte automáticamente en el principal sospechoso?

—Eso es cosa de niños, detective Duncan, pero yo puedo decirte que hay un raquet montado en torno a los yates de lujo.

—¿Mafia raquetera?

—Sí, no sé si independiente o perteneciente al sindicato del crimen organizado; el caso es que a Leonardo le exigieron dinero a cambio de la seguridad de su yate.

—Eso es muy interesante. ¿Quién es el raquetero?

—Te daré más datos sobre el chantajista extorsionador cuando sepa que te interesas en mi asunto; yo quiero cobrar.

Martha Ibsen dejó una tarjeta en la que sólo había la inicial «M», una letra muy barroca y en relieve, y un número de teléfono en dorado.

Tob Duncan la tomó y preguntó:

—¿Viene en la guía?

—No.

—¿Sólo para amigos muy íntimos?

—Los detectives hacen siempre demasiadas preguntas indiscretas.

Martha se alejó hacia la puerta sin que el hombre se levantara para acompañarla. Se había quedado con el vaso en una mano y la tarjeta en la otra.

—Esta puerta no se abre —se quejó Martha tras mover la manecilla varias veces consecutivas.

—Tiene cerradura especial —dijo él. Se acercó a ella, movió la manecilla de la forma más simple y la puerta se abrió ante la sorpresa de la mujer.

—¿Quiere preguntarme cómo se ha abierto?

—Supongo que será un secreto.

—Así es.

—Gracias por la copa. Eres un tipo muy agradable, espero que en otra ocasión nos veamos de forma digamos diferente.

—¿Hay que esperar nueve meses después del entierro?

—No es necesario, soy una mujer precavida. Además, Leonardo no era impotente pero sí estéril. Era un secreto que me obligaba a guardar.

Sonriendo, Martha se alejó hacia el ascensor.

Tob Duncan la vio desaparecer en la cabina cuando, tras él, sonó el teléfono de forma insistente.

—¿Sí?

—Duncan, Duncan, ¿me oyes?

—Sí, herr Shorenn.

—No fastidies, te he pedido que no me llames herr Shorenn sino míster Shorenn.

—Lo que usted diga, herr Shorenn. Es que con ese acento germánico que se gasta...

—No soy alemán, soy suizo, digo, ciudadano americano.

—Lo que usted diga, herr Shorenn.

—¡Vete a hacer puñetas!

Tob Duncan colgó mientras preparaba un cigarrillo al que prendió fuego parsimoniosamente. El timbre volvió a sonar. Descolgó, apartando el pitillo de su boca y pudo oír de nuevo la voz con acento germánico que, irritada, le interpelaba desde el otro lado del hilo telefónico.

—Duncan, ¿por qué has colgado?

- Porque me he ido a hacer puñetas. ¿No es eso lo que me ha pedido?
- Duncan, no hagas que pierda los nervios.
- ¿Quiere que le recomiende a un psiquiatra?
- Se trata de un asunto de muchos millones.
- ¿El «Banana»?
- Diablos... ¿Eres clarividente?
- A veces.
- ¿Qué sabes del «Banana»?
- Que es una fruta alargada de aspecto fálico que se pela para comer y que le gusta mucho a los chimpancés.
- Duncan, si quieres perder tus contratos con la High Security Company, sigue tomándome el pelo —le amenazó Shorenn, resoplando.
- O.K.
- Tenemos sospechas de que el siniestro fue provocado, Duncan.
- Quiero el diez por ciento del valor de la póliza.
- En este caso sólo cobrarías el dos por ciento, la póliza sube demasiado.
- Cuando decidáis darme el diez, volvéis a llamarme; el asunto puede interesarme, ya tengo algunos datos.
- Espera, Duncan... ¿Se trata de un farol que te tiras?
- No, no es ningún farol.
- ¿Qué es lo que sabes?
- Que quiero el diez por ciento.
- Yo soy el gerente de la empresa, pero eso se decide por consejo de administración.
- Esperaré, no tengo prisa. Este asunto tiene caras feas y si investigo sé que me juego la piel y por menos del diez por ciento no me la juego.
- Está bien, lo propondré al consejo de administración, pero tú ya puedes empezar a investigar.
- No muevo un dedo hasta que me deis el contrato firmado con el diez por ciento.
- ¿Es que no te fías?
- ¿Acaso puedo fiarme de una compañía aseguradora?

CAPITULO III

—¿Adónde va, amigo?

Tob Duncan miró al marinero de jersey rayado que controlaba el extremo de la pasarela que terminaba en la cubierta del lujoso yate atracado en el muelle.

—¿Está Warren?

—¿Para qué le busca?

—Somos conocidos, me llamo Duncan —le dijo sin querer provocar problemas con aquel marinero que tenía más aspecto de guardaespaldas o mejor de matón.

Cuando regresó el marinero, Tob Duncan ya estaba en la cubierta.

—Warren le espera.

—Bien.

Warren estaba en el saloncito con tres mujeres jóvenes a cual más despampanante, chicas de formas generosas, especialmente en los abultados senos que aparecían al descubierto.

—¡Duncan, muchacho, cuánto tiempo sin verte la cara! —le saludó Warren. Se volvió hacia una de las muchachas.— Anda, prepárale algo de beber a mi amigo Duncan.

La morena se levantó haciendo oscilar sus grandes y atractivas mamas y fue a preparar la bebida.

—Quería hablar contigo, Warren.

—Creí que venías a pedirme un favor —se rió el hombre, bajo y de anchas espaldas. Tenía las extremidades cortas, pero era muy fornido. En su juventud había sido profesional de la lucha libre.

—Yo no te he pedido jamás un favor, Warren.

El propietario del yate se echó a reír.

—Tú siempre tan receloso, Duncan. ¿Qué, te gustan estas preciosas criaturas?

—Magníficas, especialmente bien provistas de pechos.

—Sí, siempre me han gustado las mujeres tetudas. —Dio una palmada en la nalga a una rubia y le ordenó—: Ponte a gatas.

La chica, runruneando, obedeció.

—Fíjate, Duncan, fíjate qué pechos tiene así, podría amamantar a toda la Navy... —Volvió a carcajearse.

Tob Duncan aceptó el vaso con la bebida. La chica morena onduló delante de él, provocativa, sabiendo que Warren no se iba a molestar.

—Anda, Duncan, puedes gozarla si te place.

—Gracias, pero el momento y las hembras para las gozadas me gusta escogerlas a mí.

—Vamos, chicas, a tomar el sol en cubierta. Mi amigo Duncan quiere hablarme a solas.

Las tres se alejaron moviendo sus senos libres de ataduras. Tras paladear el primer sorbo de whisky con hielo, Duncan opinó: —Vives muy bien, Warren. La última vez que nos vimos tenías un lanchón con pretensiones de yate; ahora es un yate en toda regla. —Sí, siempre había sido un deseo y al final lo he conseguido. Es duro, no creas, me ha costado mucho dinero.

—¿Y sangre también?

—Ptss... —Volvió a reír— ¿Quieres que te lo muestre por dentro?

—No, no hace falta. ¿De cuántos matones dispones?

—Digamos que tengo los marineros suficientes.

—¿Y cómo los mantienes?

—Haces más preguntas que un polizonte.

—Warren, quería hacerte alguna pregunta, pero el asunto no va contigo.

—¿Ah, no, con algún amigo mutuo?

—Puede ser.

—Adelante.

—He oído que existe un grupo raquetero que se ha especializado en extorsionar a los propietarios de yates de lujo. Ya sabes; si pagan, el yate funciona; si no pagan, el yate «boooooom» y al fondo del mar.

—A mí no me van a arrancar un centavo, tengo tipos que me defienden el cascarón.

—Pero, ¿has oído hablar de esos raqueteros?

—Bueno, me llamó un tipo por teléfono diciéndome que pasaría un chino a visitarme para hacerme un seguro. Que me convenía para que mi yate no se hundiera.

—¿Un chino? —preguntó Duncan.

—Sí, eso me dijo. Yo me acordé de su madre y le contesté que si venía el chino lo devolvería en forma de hamburguesa. Ya sabes cómo soy.

—¿Y no vino el chino?

—No, no vino, debieron informarse de cómo las gastaba yo.

—¿Y no puedes darme un informe sobre quién puede ser el tipo que trató de extorsionarte amenazándote con hundir tu yate?

—¿Informes? Vamos, Duncan, ¿qué podía saber yo de él si me llamó por teléfono?

—¿Era un hombre viejo o joven?

—Tenía la voz cascada, seguro que bebía mucho.

—¿Del sur, del medio oeste, californiano o del norte?

—Pues, yo diría que podría ser de New York, aunque hablamos muy poco y no me fijé, la verdad. Si se acercan por aquí lo van a lamentar, entre mis muchachos los tengo especialistas en romper cocorotas.

—¿Y han roto ya muchas cabezas?

—Alguna. Ya sabes, cuando uno tiene muchos verdes en el Banco y un yate como éste, te salen los enemigos de debajo de las piedras; además, tengo algún localito.

—Dirás varios burdeles.

—Vamos, vamos, sólo locales de ligue. Si las chicas sienten calor entre las piernas y buscan quien las refresque, es asunto suyo.

—Y tú cobras tu parte.

—Oye, Duncan, ¿has venido a provocarme o a que te dé información sobre esos raqueteros que han hundido el «Banana»?

—¿Lo sabes?

—Eso comentan, aunque yo no lo creo.

—¿Crees que se ha hundido por un simple accidente?

—Bueno, yo diría que ha sido la viuda. Algún periódico ha publicado que la póliza de seguros asciende a varios millones de dólares.

—Está bien, Warren. Si se me ocurre alguna otra pregunta ya te llamaré.

—Hazlo, hazlo cuando quieras, pero yo pienso que es la viuda.

—Suponer que ha sido la viuda es lo más fácil.

—Sí, tan sencillo que hasta se le ocurriría a un policía.

Tob Duncan abandonó el yate tras dar un último vistazo a las tres hembras que en mono-tanga se habían tendido en cubierta para tomar el sol.

A bordo de su automóvil se dirigió a las oficinas de la financiera The Beach.

Una secretaria de inmejorable aspecto físico lo recibió con una amplia sonrisa.

—¿Qué desea?

—Hablar con tu jefe; ya sabes, el que te soba los muslos.

—¿Cómo dice?

—Nena, ¿cómo te llamas?

—No soy ninguna nena.

—Eso salta a la vista, está feo llevarse a las nenas a la cama.

—¿Y a mí se me puede llevar? —inquirió, desafiante.

—¿Por qué no? Si me das tu número de teléfono, a lo mejor algún día lo intento.

—No lo conseguiría.

—Si cobras, por supuesto que no.

—Grosero, insolente.

—Dile a tu jefe que quiero verlo.

—Está muy ocupado.

—No me dirás que tengo que rellenar una ficha de petición de audiencia.

—Más o menos.

—No me hagas reír, guapa. Dile a tu jefe que vengo de la compañía High Security.

—¿High Security?

—O.K.

—Un momento.

El propio Morris salió a recibirle.

Era un sujeto muy alto, de cabellos rubios y crespos cortados al cepillo y un rostro blanco y pecoso. Era dinámico, sabía lo que quería y cómo conseguirlo. Su mano era grande y segura, lo mismo debía firmar un talón de cien mil dólares que dar un puñetazo donde hiciera falta.

—¿Es un abogado de la compañía? —preguntó Morris.

—No, soy un detective contratado.

Morris torció el gesto.

—Eso quiere decir retrasos.

—Parece que hay sospechas de que fue un siniestro provocado.

—¿Han llegado los buceadores al casco del yate?

—No, pero tenemos noticias de que la policía ha pedido un batiscafo para examinar el casco del «Banana» con focos. Se sabe dónde está el yate y a qué profundidad, demasiada para que bajen los hombres ranas, pero está dentro de las doce millas jurídicas para que la ley pueda intervenir con plenos poderes.

—Magnífico y cuanto antes se aclare este asunto, mejor. Ya sabe que represento los intereses de la familia Santoaria.

—Dirá de la viuda Santoaria.

—Bueno, no tanto, Santoaria tenía otros familiares, aparte de su esposa.

—¿Usted le llevaba todos los negocios en los Estados Unidos?

—Así es. Ha sido un siniestro desgraciado, pero ya no tiene remedio. Ahora hay que cuidar de los negocios.

—Comprendo, es lo mismo que dice la aseguradora, pero como el montante a pagar sube mucho, la compañía cree necesaria una investigación privada.

—¿No es suficiente con la policial?

Tob Duncan se encogió de hombros.

—La compañía cree que no. Por supuesto, no voy a interferir en la investigación oficial, pero si todos me ayudan en mi trabajo, el informe que debo redactar estará listo antes. Si me ponen trabas, la investigación se dilatará.

—De acuerdo, pase a mi despacho.

—Oiga, Morris, ¿le habló algo Santoaria sobre unos raquetos que pretendían cobrarle a cambio de no hundir su yate?

—Ah, sí, algo comentó. Esa clase de extorsionistas abundan, en

ocasiones son tipos solitarios que quieren pasarse de listos.

—Y otras veces está la organización detrás.

—Así es. Tome asiento —le pidió.— ¿Desea beber algo?

—No.

—Bien, vamos al grano.

—¿Qué le dijo de los raqueteros?

—Me preguntó si debía pagar.

—¿Y usted le aconsejó que no lo hiciera?

—Así es. Si cedía, le pedirían diez mil la primera vez y cien mil la segunda, se crecen si tú te achicas. Huelen el miedo como los perros.

—¿Quiénes son esos raqueteros?

—Los extorsionistas suelen tomar sus precauciones y más cuando van a lo grande. Exigir dinero a los millonarios propietarios de yates es difícil, suelen tener guardaespaldas. La policía les hace mucho más caso, pueden poner en marcha a un batallón de abogados e incluso pagar a un sicario para que elimine de una vez para siempre al raquetero. Este último sistema se emplea más de lo que pueda pensarse.

—¿Santoaria pensó en eliminar al extorsionista?

—Si lo hizo no me lo contó, yo no era su confesor.

—Hay quien piensa que sí lo era.

Morris hizo un gesto ambiguo.

—Me pedía consejo en las inversiones.

—Mis últimas noticias eran de que se estaba arruinando de una forma galopante.

—Digamos que últimamente no aceptaba bien mis consejos. Se metió en algunos negocios que le aconsejaron unos amigos suyos y no le salieron bien. Además, está el fisco que no perdona aunque el pagano sea un político asilado con muchos millones en el Banco.

—¿De verdad tenía muchos millones últimamente?

—En América creo que sus cuentas se consumían rápidamente, ya se lo he dicho. Seguramente ésa sería la causa por la que no pagó a los raqueteros. Por cierto, que si han sido los raqueteros criminales los que le han hundido el yate asesinando a Santoaria y a los que iban con él, la aseguradora habrá de pagar lo mismo.

—Es cierto. La póliza sólo excluye el pago cuando el siniestro ha sido causado voluntariamente por el que suscribe la póliza o sus beneficiarios.

—Bueno, creo que he sido suficientemente claro. Además, en todo este asunto sólo he sido consejero. Por cierto, yo fui quien le recomendó a la High Security Company como aseguradora de confianza; espero que sepan responder adecuadamente en este

momento difícil. Sería malo que cundiera la desconfianza entre el resto de sus asegurados.

—Por mí, que hagan lo que les plazca. Yo no pertenezco a la aseguradora, sólo soy un contratado.

Tob Duncan comprendió que en aquella primera entrevista no iba a sacar mucho de Morris al que consideraba un personaje clave.

Si alguien sabía algo en aquel feo asunto en el que habían muerto dos docenas de personas, ése era Morris.

Al salir del despacho se encontró de frente con una mujer rubia que entraba.

—Buenos días.

Ella se lo quedó mirando con fijeza.

—Duncan...

—Iba a llamarla por teléfono, viuda de Santoaria. ¿O cómo prefiere que la llame?

—Martha.

—Martha, ¿venías a verme? —le preguntó Morris saliendo a su encuentro.

—Sí, Morris, necesito tu consejo en algunas cuestiones —le contestó la mujer caminando hacia él, abortando un posible inicio de diálogo entre ella y Tob Duncan.

CAPITULO IV

—¿Quién es?

—Tú no eres Martha —le dijo Tob Duncan por el teléfono mientras movía entre sus dedos la tarjetita con el número impreso en dorado.

—¿Quién es? —insistió la voz femenina.

—Tob Duncan, investigador privado al servicio de la aseguradora. ¿Eres Evel Ibsen?

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo que hablar contigo. Supongo que la policía te ha hecho muchas preguntas.

—Sí, muchas.

—Y a Luis, el hombre de color que te salvó, también.

—Eso supongo.

—Los periódicos hablaron muy bien de ambos, pero hay cosas que mi olfato de investigador me advierte que no huelen como corresponde.

—Veamos, ¿con quién quiere hablar usted, con mi hermana o conmigo?

—¿Tú puedes hablar a solas sin la dirección de tu hermana?

—Naturalmente.

—Lo decía porque dejé a Martha en compañía de Morris y me dio la impresión de que ella no podía hablar si no era en presencia del tal Morris.

—¿Cómo ha dicho que se llama usted?

—Duncan, Tob Duncan y estoy a una cuadra de ti. Me he tomado la molestia de averiguar dónde estaba el refugio secreto de Martha Ibsen.

—¿Dice que está a una cuadra de aquí?

—Sí, en el Little Pub.

—De acuerdo, iré a verle, pero quiero ver sus credenciales.

—Naturalmente. ¿Qué quieres que te pida mientras llegas?

—Agua tónica con unas gotas de menta, nada más.

Duncan aguardó a que se abriera la puerta y apareciera la joven Evel Ibsen. Cuando descubrió a la joven alta y bien formada, de dorados y largos cabellos, con unos pantalones de pinzas que la hacían más provocativa, levantó su mano.

En el rostro de la joven vio reflejada la sorpresa, una sorpresa de tipo agradable. Al primer vistazo, el hombre debía haberle caído bien.

Evel se sentó frente a su vaso de tónica con menta.

—¿Usted es el investigador de la compañía de seguros?

—Sí, y he de felicitarte por tu buena estrella.

—¿Cree que la tuve?

—Conservas la suave piel que tienes, ¿no?

—Sí, pero... —Bebió para no proseguir con su queja.

—Debió ser algo espantoso contemplar como los tiburones devoraban a los náufragos.

—Yo no lo vi, por suerte. Lo habría estado recordando toda la vida.

—¿Qué crees que ocurrió?

—No lo sé.

—¿Por qué no sabes nada?

—Pues... En fin, ¿tengo que confesarlo?

—Algo tienes que decir. No querrás que sospeche que hay algo feo oculto en todo este siniestro.

—Estaba mareada.

—¿Por el balanceo del barco?

—Por eso y por la champaña que había tomado, no me encontraba bien. Me había tumbado en la cama para dormir y ocurrió todo tan aprisa...

—¿Oíste algo especial?

—No estoy segura, fue como un fragor. Cuando salí a cubierta había mucho humo y Luis, el camarero negro me salvó, me puso un chaleco salvavidas. Le debo la vida.

—¿Y por qué no estabas con los demás?

—¿Quiere decir por qué no fui devorada por los tiburones?

—Algo así.

—Nos lanzamos al agua tarde, los botes ya se habían alejado. El yate se hundía rápidamente.

—¿Eso es todo lo que sabes acerca de lo ocurrido?

—Sí, es lo que le conté a la policía. Menos mal que vino el helicóptero antes de que los tiburones se acercaran a nosotros.

—El punto del naufragio era un lugar muy malo, suele estar infestado de tiburones.

—Supongo que los barcos no escogen el lugar para naufragar.

—Eso es cierto, a menos que quienes quieran sabotearlo sí lo escojan para hundirlo.

—¿Entonces, es verdad lo que han insinuado algunos periódicos respecto al naufragio?

—¿Cómo se llevaba Santoaria y tu hermana?

—¿Tiene eso que ver en la investigación?

—Todo tiene que ver.

—Supongo que bien. Yo no vivía con ellos, había estado de colegio en colegio, hay que admitir que eran los mejores. No los veía, salvo que aparecieran en alguna revista de esas que se cuidan de hablar y hablar de las artistas de cine y de los play-

boys.

—Tu hermana ya no era actriz de cine.

—Tampoco lo es Grace Kelly.

—Hay una diferencia.

—Yo no se la veo, a Rainiero también pueden echarlo a la calle.

—Es muy distinto.

—¿Intenta que hable mal de mi hermana?

—No, claro que no, tú no serías capaz de eso. Anda, ven, daremos una vuelta en mi coche.

—¿Y si no quiero ir?

—Eres muy libre, no soy un raptor de niñas guapas.

—¿Niñas?

—Bueno, mujeres.

—Está bien, vamos. Quiero respirar aire puro; desde que salí de la clínica me he pasado todo el tiempo metida en el apartamento.

—¿Martha te ha prohibido salir?

—No, pero me ha aconsejado que no lo haga.

—¿Y Morris?

—Ese hombre no me cae bien. ¿Es suficiente?

El dos plazas coupé rodó a la máxima velocidad permitida, alejándose de la ciudad.

Evel tenía las piernas estiradas y le hubiera agradado que el deportivo fuera descapotable para sentir su rostro azotado por el viento.

—Es apasionante.

—¿El qué? —pregunto Tob Duncan.

—Ser investigador privado.

—A veces, sí, otras veces resulta muy pesado y aburrido, con largas esperas. No todo el mundo facilita bien la información que se busca.

Mientras el hombre rebasaba a otro veloz automóvil, Evel preguntó:

—¿Qué es lo que busca, en realidad?

—La verdad.

—La verdad es que Santoaria y sus invitados y también los servidores del yate murieron entre las fauces de los tiburones.

—La policía tratará de averiguar si el siniestro ha sido un accidente o provocado.

—He leído en una revista que debido a la profundidad en que ha quedado el yate, no lo averiguarán jamás.

—Puede ser que sí, puede ser que no. Hay batiscafos que descienden a una buena profundidad.

—De todos modos, creo que no se va a demostrar nada. ¿Podría tratarse de una venganza política?

—No lo creo; Santoaria se consumía solo, estaba arruinado.

—Pues, lo disimulaba muy bien.

—Si lo dices por el yate.

—Creo que era una maravilla.

—Sí, pero los impuestos del fisco aleteaban sobre él. Tenía muchas deudas que pagar y las dos residencias que poseía en los Estados Unidos estaban hipotecadas. Si quería pagar los impuestos, necesitaba vender las casas y con la diferencia de las hipotecas, pagarlos. En limpio le quedaba el yate.

—¿Sólo?

—Bueno, y sus hipotéticas posesiones en su país de origen, pero tengo entendido que todo eso quedó confiscado por los que le dieron la patada para ocupar su puesto.

Duncan se salió de la carretera para introducirse por un camino forestal hasta llegar al borde de un acantilado bajo el cual el agua oceánica espumeaba entre las rocas. Sin embargo, había algunos espacios con arena, playas minúsculas de casi imposible acceso.

—Habrás leído también que tu hermana va a sacar unos millones limpios de todo este asunto y al mismo tiempo queda libre de Santoaria. Es como si de golpe recibiera los beneficios de varias películas de gran éxito.

—Si la póliza estaba a su favor, es lo lógico, ¿no?

—Sí, pero si ha habido un siniestro, la principal sospechosa es ella.

—¿Sospecha la policía que el naufragio lo provocó Martha? —preguntó Evel, incrédula.

—Lo que sospecha la policía no lo sé, pero a la compañía aseguradora le agradecería que la culpable fuera tu hermana.

—Eso es canallesco.

—Canallesco, no. negocios, simplemente. La compañía no tiene sentimientos, lo único que desea, si es posible y legal, es no pagar la póliza. Esto no es un simple accidente de coche, es mucho dinero y por menos de la centésima parte de esa cantidad se mata en esta jungla de asfalto en que vivimos.

—Martha no puede ser culpable de una cosa semejante. Además, estaba en Boston. Santoaria quería sorprenderla.

—¿En brazos de Morris?

—¿Cómo te atreves a calumniarla? —inquirió, furiosa.

—¿Crees que la calumnio? Eso ha salido en revistas. Incluso, Santoaria tenía intenciones de divorciarse.

Evel, incapaz de replicar, se apeó del coche rehuendo los inquisitivos ojos verdes del hombre. Tob Duncan la siguió y el aire salobre les azotó el rostro.

—No pretendía molestarte, sólo quería darte a entender que con

el hundimiento del yate y la desaparición de Santoaria, Martha se convierte en millonaria y totalmente libre. En el cine estaba acabada.

—Eso no es cierto.

—No será cierto si cuando cobre la póliza invierte algún millón en un filme para ser la primera actriz.

—Eres cruel.

—En la vida, la verdad suele ser cruel. Hace daño siempre que pretendemos mantener una posición que no es exacta, siempre que queremos aparentar más de lo que realmente somos.

—Está bien, debo entender que va a la caza de mi hermana.

—No exactamente, por eso te pido que me ayudes. Tengo noticias de que Santoaria había sido extorsionado por una banda de mafiosos para que pagara o le hundían el yate.

—Entonces, han sido ellos —exclamó Evel, como liberada de sus preocupaciones.

—Eso habrá que demostrarlo. ¡Al suelo! —exigió Tob Duncan de pronto, sorprendiéndola.

La hizo parapetarse tras el coche y ambos quedaron con los pies hacia el acantilado.

—¿Qué pasa?

—Creo que hay alguien apuntándonos con un arma.

—¿Lo has visto?

—He visto brillar un cristal.

—Eso es una tontería, puede ser una botella abandonada.

Evel se puso en pie; mas, inesperadamente, sonó una detonación y ella notó algo muy cerca de su cabeza.

Duncan la dobló por las piernas haciéndola caer, pero le paró el golpe y ella quedó entre sus brazos.

—¡Es verdad!

—Creo que lleva mira telescópica, debe ser un profesional.

—¿Por qué quiere asesinarlos?

—No lo sé; a lo peor es un tipo que ha salido a cazar pajaritos y ha pensado que nosotros somos pajarracos.

—No bromees. ¿Qué haremos ahora?

—Esperar.

—¿A que nos mate?

Tob Duncan medio reptó hacia el coche por el lado contrario al que habían disparado. Introdujo su mano en la guantera y la sacó armada.

—¿Qué vas a hacer?

Tob Duncan apretó el gatillo y la detonación sonó como un cañonazo en los oídos de la muchacha.

Escucharon el ruido de una moto alejándose y Duncan se puso en

pie.

—El peligro ha pasado.

—¿Quién era?

—No lo sabremos por ahora. Si fuéramos a la carretera, trataría de perseguirle, pero ese tipo lleva una moto y puede escaparse por cualquier camino.

—Podrías intentarlo.

—No, no conseguiría darle caza. Volverá a aparecer, estoy seguro.

—¿Y si la próxima vez tiene más suerte?

—Esperemos que no.

—Una pregunta...

—Adelante.

—¿A quién quería matar, a ti o a mí?

—Pregunta sin respuesta. Sube al coche, te llevo a casa. Puede que tu hermana se ponga un poco nerviosa, estos días estará muy preocupada, le harán muchas preguntas, la policía, los periodistas...

—Y los investigadores privados —completó Evel.

CAPITULO V

El techo del night-club no se veía. Una densa capa de humo flotaba entre las cabezas de los concurrentes y por si fuese poco, el techo se hallaba pintado de color negro mate.

Tob Duncan no buscó una mesa, se conformó con acodarse en la larga barra mientras en la pista unas chicas y un perro gigante llevaban a cabo un número porno de zoofilia que a Tob le repugnó. El público, en general, no les prestaba mucha atención, aunque había algunos que gritaban, azuzando.

Dos mujeres de la noche, vestidas con faldas que se abrían por cinco o seis lados y desnudas de caderas hacia arriba, se acomodaron a derecha e izquierda de Tob Duncan.

—Encanto, ¿cómo las prefieres? —preguntó la rubia.

—Con hielo.

—¿Es que eres muy caliente? —rezongó la morena.

—Quemo.

—Entonces, puedes con las dos —se rió la rubia.

—Me reservo.

—¿Para quién?

—Una ninfómana; comprenderéis que no puedo, gastarme ahora.

—¿Es una pagana? —inquirió la morena.

—No, lo hago por afición. ¿Anda por ahí el patrón?

—¿El patrón? —preguntaron las dos al mismo tiempo, intercambiando una mirada de inteligencia.

—Sí, no al que dirige esta cloaca si no al patrón-patrón, ya me entendéis, a Warren.

—No sabemos nada.

—Comprendo, sois sordas, mudas y ciegas, así no hay problemas.

—¿Qué buscas, eres de la bofia? —quiso saber la rubia.

—Qué va, sólo soy del ejército de salvación.

—Creíamos que las que se distinguían en el ejército de salvación eran mujeres.

—Es que voy disfrazado de hombre para que no me violen.

La rubia alargó su mano, fue tan rápida como el ataque de una serpiente. Tob Duncan notó la mano y los dedos, ella se rió y comentó:

—Para ser mujer, vas muy bien armado.

—Vamos, tranquilas, menudas zorras estáis hechas.

Tomó su vaso y se apartó de ellas.

El numerito de porno-zoofilia había terminado en el escenario y el público abucheaba.

Se dirigió hacia unas cortinas por las que había visto entrar y salir a un tipo. Al otro lado se encontró frente a dos matones que le

cortaron el paso.

—¿Adónde vas?

—A vaciar los pistones.

—No te hagas el gracioso, aquí no está el retrete —le replicó uno de ellos.

—Era una broma. Busco a Warren, no estaba en el yate.

—Y aquí tampoco —le replicaron.

—Por cierto, ¿todo lo que hacéis aquí está permitido? Huelo que hay mucho «caballo», mucho «Charly» y mucha basura en este local.

Los dos matones se miraron entre sí.

—Ahora vas a largarte de aquí y si llamas a la policía, dentro de unas horas te verás en un molde de yeso. Somos especialistas en que el yeso envuelva todo el cuerpo.

—Supongo que algún policía ha cobrado. ¿Podéis decirme si entre vosotros hay algún aficionado a ir en moto?

—Haces demasiadas preguntas.

—Eh, ¿qué pasa aquí? —preguntó otro individuo, acercándose.

—Este es el detective privado —dijo, reconociendo a Duncan.

—Conque detective, ¿eh? Anda, vente con nosotros —le ordenó uno de ellos sacando una pistola con la que le encañonó.

Tob Duncan sabía muy bien cuál era el sistema empleado por aquellos matones para deshacerse de los tipos molestos.

Se dominaba a la víctima, se le ponía el gollete de una botella en la boca, le metían el contenido de la botella en la tripa y luego lo llevaban en un coche a cualquier callejón o descampado y le daban una paliza brutal, dejándole abandonado.

En ocasiones moría, pero si resistía. en el hospital no sabía ni lo que tenía que denunciar.

Por ello, Duncan reaccionó con prontitud. Un golpe de abajo arriba hizo saltar el arma de la mano del matón, arma que se disparó abriendo un orificio en el techo. No había que dar tiempo y le golpeó con un kakato-geri.

El talonazo de karate dio en el bajo vientre del otro y el tercero recibió el impacto del reverso del puño izquierdo de Tob Duncan en pleno rostro, en un ura tsuki que resultó tan efectivo que la sangre le salpicó el rostro.

Sin darles tiempo a reaccionar, con un par de saltos, Duncan retrocedió a la sala que estaba llena y gritó:

—¡Redada, redada, redada!

Corrió hacia la puerta saltando por encima de las mesas y las cabezas de algunos concurrentes.

Consiguió llegar a la salida mientras otros muchos hacían lo mismo, hombres y mujeres, chillando estas últimas. Corrió hacia

su coche, se metió en él y arrancó a toda velocidad.

Cuando ya se encontraba lejos, suspiró, preguntándose a sí mismo cuál debía ser el próximo paso.

Disminuyó la velocidad y se detuvo frente a un semáforo cuando por el espejo retrovisor vio que se le acercaba un coche patrullero. Lo hacía lenta, muy lenta y suavemente.

—Eh, oiga...

Se encaró con ellos.

—¿Qué sucede, agente?

—Creo que a su coche le pasa algo.

—¿A mi coche?

—Sí, por la parte de atrás gotea. ¿Lleva en el maletero algo que pueda vaciarse?

—Pues no, creo que no.

—Estacionese en el arcén.

—Sí, claro.

Se detuvo junto al guardrail metálico. El coche patrullero lo hizo delante y los dos agentes se le acercaron.

—Veamos en qué podemos ayudarle.

—Qué raro, el maletero parece haber sido forzado —gruñó Tob Duncan.

—Levante la tapa.

Al levantarla, la linterna de uno de los agentes enfocó el interior.

—Vaya, aquí lleva un cadáver y lo que gotea es sangre. —Diablos, menudo paquete que me han dejado...

El otro agente volvió la cabeza del cadáver y dijo:

—Es un chino.

—Oiga, agente, ¿se ha puesto de moda dejar chinos muertos en los maleteros?

—No se haga el gracioso, su documentación.

El otro policía desenfundó su arma de reglamento y le ordenó:

—Contra el coche, piernas abiertas y manos en la nuca. —¿Y con qué saco la documentación, con la lengua?

CAPITULO VI

—Eh, tú, ya puedes levantarte —le ordenó más que dijo el agente que cuidaba de las celdas en la estación de policía.

Tob Duncan bostezó y se despezó. Cogió su chaqueta y con ella al brazo se dirigió hacia la puerta abierta.

—A ver si mejoráis el catre, cada vez es más duro. A este paso no os van a incluir nunca en la guía de hoteles con cinco estrellas.

—El capitán te espera.

—Sí, claro, el capitán. Tendría que lavarme los dientes, pero resulta que tengo el cepillo en mi apartamento.

—Sígueme.

El capitán de policía, bien afeitado, le aguardaba tras su mesa despacho.

—Hola. Duncan.

—¿He de dar las gracias?

—Bueno, las normas son las normas. Tú tenías un cadáver en tu coche y había que esclarecer la situación.

—¿Habéis localizado al verdugo del chino?

—No, pero esperamos que tú nos ayudes a encontrarlo.

—¿Cómo murió?

—Un tiro en la nuca.

—¿Muerte instantánea?

—Sí.

—¿Quién era?

—No lo sabemos, no llevaba documentación. La ropa parecía comprada en California, San Francisco o Los Angeles.

No llevaba encima papeles ni anillos, nada. Debieron asegurarse de que no se descubriera su identidad.

—¿Y las huellas dactilares?

—El departamento técnico está trabajando sobre ellas. Lo que nos preguntamos es por qué escogieron el maletero de tu coche para deshacerse de él.

—Me tenían manía.

—¿Quién?

—Un investigador privado suele tener más enemigos que amigos, incluso entre la policía.

—Tú no eres de los que nos fastidian, Duncan. Ah, hemos comprobado que estás metido en el asunto del naufragio del «Banana» y la desaparición de Santoaria y sus invitados.

—Un asunto feo.

—Que lleva la policía.

—Sí, pero la compañía aseguradora quiere hacer algunas comprobaciones antes de pagar.

- El cadáver de Santoaria no ha aparecido y es difícil encontrar sus restos en las tripas de los tiburones.
- El pago por la muerte de Santoaria se retrasará, evidentemente; es una desaparición y hay que dejar pasar el tiempo estipulado por la ley para considerarle oficialmente muerto, ya que no se han encontrado sus restos, pero el yate sí se tendrá que pagar.
- Entonces, ¿la viuda cobrará los millones en dos plazos?
- Así es. Tres millones y medio de dólares por el yate y uno por la muerte de Santoaria en el naufragio.
- ¿Tiene que ver la muerte del chino con la investigación del naufragio del «Banana»?
- Puede ser, oí hablar de que había raqueteros metidos en este asunto y el pelele que hacía las visitas a los extorsionados era chino.
- ¿Era concretamente ese chino?
- No lo sé, sólo sé que decían que había un chino de por medio.
- ¿Quién te dijo eso?
- Alguien que no es mi amigo.
- ¿Puedo saber su nombre?
- No, por el momento es una confidencia.
- Podrías regresar a la celda por ocultación de pruebas.
- Si me encierras, la aseguradora comenzará a quemar teléfonos. Sabes que no soy culpable de la muerte del chino y que si yo supiera quién es, te lo diría.
- Está bien. Si averiguas algo nuevo, no dudes en llamarme. Ah, pasa dentro de tres o cuatro días a buscar el coche.
- ¿Tres o cuatro días?
- Sí, los técnicos siguen su inspección por si encuentran huellas.
- ¿No podrían ir un poco más aprisa?
- Coge taxis y ponlo en la nota de gastos de la compañía.
- Eso es hacerme la puñeta.
- Ja, ¿se nota?

CAPITULO VII

Iba a llamar a un taxi cuando las ruedas de un lujoso «Mercury» último modelo rechinaron junto al bordillo de la acera.

Al volante habla una mujer que cubría sus ojos con unas gafas oscuras y se encasquetaba una gran pámela.

—Sube —fue la orden tajante, directa.

Tob Duncan, con la chaqueta en la mano y las mangas de la camisa remangadas, no se hizo repetir la orden. Subió al coche y éste arrancó, alejándose de la estación de policía.

—¿De incógnito, Martha Ibsen, o te llamo viuda Santoaria?

—No juegues a hacerte el gracioso, Martha es suficiente.

—¿Para los amigos o para todos?

Ella no quiso responder a la pregunta y mientras conducía el coche con alguna brusquedad, le dijo:

—Sé que estabas en la estación de policía porque han encontrado un cadáver en tu coche.

—Sí, a un chino. Bueno, no es que un chino sea mejor o peor que otra raza de ser humano, pero resulta extraño encontrar a un chino en el maletero.

—¿Tiene que ver con el naufragio del «Banana»?

—Es lo mismo que me ha preguntado el capitán.

—Ya. Estaba esperando a que salieras.

—¿Sabías que me quedaría sin coche?

—Era de suponer.

—¿Quién te ha informado de todo?

—Corazonadas.

—¿Por qué no dices «telefonazos»?

—¿Es importante eso?

—Quién sabe... Estuvieron a punto de matarme con un fusil de mira telescópica, hay alguien que me sigue los pasos, o mejor diría que a quien estuvieron a punto de matar fue a Evel, a tu hermanita.

—Lo sé y tengo miedo.

—¿Por Evel o por ti?

—Por todos. Es mejor que a Evel no la molestes más.

—¿Es una barrera que tratas de poner a la investigación?

—No pongo ninguna barrera, sólo quiero que este asunto termine de una vez. Estoy harta de periodistas y chismosos y también de la policía.

—Comprendo. Tú quieres que te pongan los millones en la cuenta corriente y te dejen en paz.

—Eso es.

—Mientes.

El pie de Martha Ibsen se hundió en el freno y el coche chirrió ruidosamente frente a las rayas de un paso de peatones mientras se balanceaba ostensiblemente.

Una mujer vieja cruzó por delante de ellos con un perrito en brazos mientras sonreía bajo sus gafas de gruesos cristales.

—¿Cómo te atreves?

—¿Adónde me llevas? Por aquí no se va a mi apartamento.

—Tengo alquilado un refugio tranquilo, allá podremos hablar.

—¿Crees que es necesario?

—¿Por qué no? Hay un pequeño restaurante donde no nos conocen; tú podrás descansar y si necesitas llamar, hay teléfono.

—Está bien. Comer me apetece, pero insisto en que mientes.

El coche volvió a arrancar con violencia; el acelerón resultó demasiado fuerte.

—¿Crees que llegaremos, con estas brusquedades?

—¿Por qué supones que miento?

—Tú quieres volver al cine y todo esto te da publicidad en los noticieros, en la televisión, en las revistas del corazón y en las de escándalo.

—Podremos bañarnos en el mar —dijo, sin querer dar una respuesta concreta.

—¿Te importaría que me diera un duchazo antes?

—No, claro que no.

Llegaron al bungalow. Tenía unas escaleras de madera que daban acceso a la mismísima playa.

—Ahí está el baño —le indicó con naturalidad.

—Lo bueno habría sido ir a mi apartamento, me habría cambiado de ropa —le dijo Tob Duncan desde el propio cuarto de aseo que quedó abierto.

Se duchó con largueza para desentumecer su cuerpo. Cuando abandonó el aseo, tomó una toalla y después de secarse, buscó su ropa.

—¿Dónde está?

—¿El qué? —preguntó ella desde la salita que poseía un magnífico mirador.

—Mi ropa.

—En la lavandería.

—¡Jo! ¿Y voy a ir así al restaurante?

—Nos traerán el servicio aquí.

—Lo tienes muy bien montado. Oye y este teléfono, ¿a quién se lo das?

—A nadie. Figura en la guía con el nombre del propietario de los bungalows y con el numerito que corresponde a cada bungalow, sólo lo uso para llamar.

—Debe costarte un dineral tener una casa por aquí y otra por allá, será una auténtica sangría, ¿no?

—Un poco, pero me gusta vivir bien.

Martha Ibsen se había puesto un complet de malla que tenía unos finos tirantes y un tejido más espeso en los lugares clave de sus zonas erógenas.

Se le colgó de cuello, acercó su rostro al del hombre y lo besó en los labios. Tob Duncan tuvo que reconocer que la mujer tenía técnica.

—¿Aprendistes en el cine?

—Y en la vida.

—Y cuando besas así, ¿lo haces en frío? Me refiero a cerebralmente o si le pones algo de... ya me entiendes.

—¿Calor, sensualidad?

—Sí, sí, eso.

Volvió a besarle abriendo sus labios, separando sus dientes, jugueteando con su lengua y buscando la de él. Cuando creyó que la habilidosa y profunda caricia hubo terminado, inquirió:

—¿Tú qué crees?

—Que las profesionales sois las que lo hacéis mejor, pero sois las más frías, aunque eso no se nota si se os paga bien.

—¿Me estás llamando zorra? —preguntó ella con un runruneo, semicerrando los párpados y apretándose contra él.

—No te importa, ¿verdad?

—Así, en la intimidad, no. Si gozas insultándome puedes hacerlo, no me molesta.

—¿Te excita?

—No sé, quizás un poco.

El llamador les separó.

—La comida.

—¿Y la ropa?

—Eso, luego —le dijo Martha, alejándose.

* * *

Tob Duncan braceó con fuerza hacia la orilla. Había hecho un gran esfuerzo nadando entre las olas.

Salió a la playa y miró hacia los bungalows. Martha Ibsen se hallaba en la terraza de madera, encajada en una tumbona y fumando lánguidamente.

Tob Duncan, desnudo, caminó hacia el bungalow. Subió las escaleras de madera y al llegar junto a la mujer, se detuvo. La miró, ella alargó su mano y le acarició la pierna.

—¿Ha llegado mi ropa?

—Ya la han traído, está dentro.

Tob Duncan se vistió y sin colocarse la chaqueta volvió a salir a la terraza, sentándose junto a Martha.

—¿Serías capaz de confesar que Morris podía haber sido el causante del sabotaje al yate «Banana»?

Ella volvió su rostro hacia él.

—¿Qué barbaridades dices?

—Morris estaba muy unido a ti; erais o sois amantes.

—Eso no es ningún secreto, pero Morris me cansa. Tengo ganas de cobrar mi dinero y acabar con él. Ya tengo propuestas de varios agentes para manejar mis negocios.

—Te van a desplumar.

—Morris tampoco es ningún angelito. —Suspiró, chupó de su cigarrillo y cuando hubo liberado sus pulmones del humo, añadió

—: Es una ventaja eso de quedarse viuda y no tener que ir al funeral.

—Los entierros dan mala prensa, ¿verdad?

—Sí, parece que la entierren a una. He procurado salir en todas las fotografías con aspecto alegre, como liberada.

—¿De veras piensas que te van a contratar?

—Ya tengo dos proposiciones en firme —confesó con seguridad.

—Seguro que serán películas de segunda fila que quieren aprovechar tu publicidad gratuita actual y encima te exigirán que te gastes un millón en acciones de la película.

—¿Siempre eres igual de cruel?

—Me gusta ver la vida con los ojos de la verdad.

—Eres un cínico.

—No me importa que la gente crea que lo soy; por eso pensaba que Morris podía haberte propuesto el negocio.

—¿Qué negocio?

—Si él eliminaba a Santoaria con yate incluido, tú quedabas libre y cobrabas la póliza del seguro que era el único dinero real y tangible que le quedaba al ex-presidente. Después, como tú y Morris además de amantes os habíais convertido en socios, le entregabas la mitad del beneficio de la póliza que, incluyendo la muerte de Santoaria, subía a un montante de cuatro millones y medio; por lo tanto, dos millones y cuarto para cada uno y asunto liquidado.

—Eso es una calumnia —rechazó ella sin demasiada fuerza.

—Yo lo calificaría de hipótesis.

—¿Serías capaz de llevarme a la cárcel después de lo que ha sucedido entre los dos hace un rato?

—¿Crees que por una gozada iba a dejar de cumplir un contrato y hacerle una faena a la justicia?

Ella rió.

—Estaba segura de que responderías eso. Eres un tipo duro, no eres el adolescente fácil de embaucar. —Se volvió hacia atrás, fumó con verdadera fruición y sin mirarle, confesó—: Yo también he disfrutado. La verdad, quería hacer un buen trabajo contigo, no sé qué ha pasado, pero ha sido distinto. Supongo que te alegrará saber que ha sido el mejor recuerdo y que me gustaría repetirlo.

—Como tú has dicho, no soy ningún adolescente y lo que yo busco todavía no lo he encontrado. Por cierto, ¿crees que Morris podría haber puesto una bomba en el yate sin decirte nada?

—Quién sabe, Morris tampoco tiene escrúpulos.

—Por lo visto, hay muy poca gente con escrúpulos. ¿Te das cuenta de que si descubro que Morris o tú habéis tenido que ver en el naufragio del «Banana» no vas a ver un centavo?

—¿Ese es tu deseo?

—En este asunto no tengo deseos personales, sólo que el que haya cometido un delito, pague.

—Quiero hacerte una pregunta.

—Adelante. Ten en cuenta que cualquier cosa que digas la utilizaré para mi investigación.

—Sólo es una hipótesis.

—¿Y si Santoaria se hubiera suicidado?

—Entonces, tampoco cobrarías un centavo. No me trago que quisiera suicidarse; por lo que sé, no era de esa clase de tipos.

—También pudo prepararse el autosabotaje sin contar con que lo comerían los tiburones a él y a sus invitados. De haberse salvado, él habría cobrado la póliza del yate. ¿No es cierto?

—Esa es una posibilidad a tener en cuenta.

—Digamos que pudo pensar en el naufragio en su propio beneficio pero que tuvo mala suerte.

—Si eso se demostrase, tampoco cobrarías un centavo.

—Y, hay que ser sinceros, yo quiero cobrar. Lo aguanté y ahora quiero lo que me corresponde.

—Nunca una zorra ha cobrado tanto.

Martha se echó a reír, no se molestó en mostrarse ofendida.

—Tob, Tob, si tú quisieras podríamos hacer grandes cosas juntos hay dinero para los dos. Tú ya sabes por donde voy.

—No voy a ofenderme porque intentes sobornarme; yo, con decir que no. asunto resuelto, no soy ningún fariseo y, la verdad, lamentaría que hubieras sido tú la que puso el artefacto que hizo que el «Banana» se hundiera llevándose a un par de docenas de vidas, iba a decir al fondo del mar, pero será mejor decir a las tripas de los tiburones.

CAPITULO VIII

—¡Tienes que conseguirlo, herr Shorenn! —le gritó a través del teléfono.

—Eso está fuera de nuestro alcance.

—Tú tienes influencias.

—Pueden llamarlo intromisión.

—Que lo llamen como quieran. En este caso, la compañía aseguradora es la víctima y te advierto que si no lo consigues, voy a contratar yo a un batiscafo por mi cuenta y lo incluiré en la nota de gastos.

—¡Lo descontaremos de tus succulentos honorarios!

Tob Duncan colgó el auricular. Sacó un cigarrillo y lo encendió parsimoniosamente mientras sonaba el insistente timbrado del teléfono. Lo cogió sin prisas, preguntando:

—¿Martha?

—¡No, soy míster Shorenn! —gritó la voz al otro lado del hilo.

—Ah, herr Shorenn... ¿Le escuece la nota que voy a pasarle de gastos extras?

—Haremos lo que podamos, ya te avisaré.

—Mueva los hilos que haga falta, es importante.

Miró el reloj. Abandonó el apartamento y tomó un taxi que le llevó al gimnasio. Dentro había un buen número de muchachos que aspiraban a ser campeones de boxeo.

—Eh, Duncan —le interpelló un hombre que tenía el sombrero sobre la nuca y mascaba un cigarro.

—Hola, Kane.

—¿Aceptas luchar en el full-contact?

—Busco a Luis Dragón.

—¿Luis Dragón? Es el sparring del ring principal.

Tob Duncan observó el combate de entrenamiento, uno de los dos hombres era de color y el otro, blanco.

Luis Dragón, el hombre de color, esquivaba y paraba golpes pero apenas contraatacaba; su misión era defenderse.

—Parece bueno.

—Lo es, pero está pasado, le falta algo de punch. Siempre le ha faltado punch para ser un campeón.

—Pero, es bueno, su contrincante no lo va a tumbar.

Sonó el gong y el boxeador blanco no consiguió siquiera poner en aprietos a Luis Dragón. Este se quitó el casco y riéndose le dijo a quien había tratado de golpearle:

—Tienes que mover más la derecha, amaga, amaga por dos veces.

—¿De veras no pudo llegar a campeón por falta de punch? —preguntó Tob Duncan.

El promotor de peleas bajó la voz y en tono de confesión le dijo:
—Era aficionado a doparse, ese conoce las drogas mejor que un hippy.

Duncan se separó del promotor Kane y preguntó:

—¿Luis Dragón?

El negro, que ya se había quitado todos los protectores, se volvió hacia él.

—Sí.

—Me llamo Duncan, soy investigador privado.

—¿Qué buscas?

—Quiero hablar contigo.

—Voy a ducharme.

—Te espero. Si conoces algún lugar para almorzar, te invito.

—Magnífico. Mira, lo de la ducha lo dejo para mejor ocasión, espera que me visto en seguida.

Mientras Luis Dragón se vestía, el manager le dijo a Tob:

—Gana dinero por horas y combates, puede ser un buen maestro para los futuros campeones. Estuvo de matón y de camarero.

—¿Y cómo anda ahora de dinero?

—No tiene que acudir a la beneficencia. Parece que últimamente no está metido en la droga, pero acabará metiéndose, seguro, conozco a esta clase de tipos.

Luis Dragón salió, ya vestido.

—¿Qué te parece si comemos en el «Palace»? —propuso.

—¿Y a ti qué te parece si nos metemos en el self-service más próximo?

Luis Dragón se echó a reír.

—Nos podemos quedar en el intermedio. Ahí cerca hay un restaurante cubano que sirve bien.

El restaurante propuesto era agradable; las mesas estaban limpias y el arroz a la cubana, perfecto. Duncan pensó que lo único malo allí era el fuerte olor a sudor que despedía Luis Dragón; debía haberse duchado.

—Supongo que querrás preguntarme por el «Banana».

—Sí.

—La policía, los periodistas, todos preguntan.

—Y tú no sabes nada, claro.

—Hasta ahora no sabía nada, pero me he quedado sin trabajo y no tengo ganas de volver a ser camarero.

—Tú no eras un simple camarero para Santoaria.

—Bueno, era su hombre de confianza, un guardaespaldas que le preparaba las bebidas a él y a sus acompañantes.

—¿La viuda Santoaria no te ha dado trabajo?

—Salvé a su hermanita y me dio una gratificación.

—¿Importante?

—Dice que ahora no tiene pasta, que cuando cobre la póliza me dará algo más. No es que quiera cobrar, pero... hay que comer.

—Conozco tu declaración. Una explosión, llamas, humo, corridas... Viste a la chica como atontada, los dos botes se alejaron y tú y la chica salisteis cuando los botes se hundieron y los tiburones hicieron su festín. Por lo visto, alguien lanzó un S.O.S. desde el yate que fue captado por un guardacostas que avisó a un helicóptero que llegó a salvaros a vosotros dos. De los demás, sólo quedaron restos.

—Si ya lo sabes todo...

—Estoy seguro de que no lo sé todo y tú puedes ganarte unos dólares si me das buena información.

—¿Cuántos dólares?

—Depende de la información.

—Información de primera.

Duncan miró a Luis Dragón a los ojos, unos ojos que sonreían irónicos. Comprendió que el negro sabía algo importante, algo que le haría avanzar en su investigación.

—Si la información es de primera, ¿Cuánto quieres?

—¿Cuánto crees tú que podría pedir?

—Depende. Si la investigación podía terminar con lo que tú dijeras...

—¿Mi testimonio valdría lo suficiente ante un juez como para terminar con la investigación?

—Si no hay pruebas que lo ratifiquen, no, claro que se pueden buscar pruebas aunque sea en el fondo del océano.

—Si yo hablo, se pueden buscar las pruebas, ¿no?

—Sí, claro.

—Entonces, quiero cien de los grandes.

—Diez, si todo sale bien.

Luis Dragón soltó una carcajada; Tob Duncan pensó que no iba a aceptar.

—De acuerdo, pero un billete por adelantado.

—Primero, habla; luego, decidiré.

—El presidente, pues le gustaba que lo llamasen así, iba mal de pasta. No se llevó de su país todo lo que voceó, le atraparon un avión con cosas y no pudo llevarse todo lo que pretendía.

—Lo sé.

—El compró explosivo plástico y lo metió en el barco.

—Al parecer, las cosas no le salieron bien a Santoaria —opinó Duncan—. Se hundió el barco, pero él también desapareció o quizás no. porque no se ha hallado su cadáver.

—Yo vi la masacre de lejos. Tuvimos mucha suerte la chica y

yo. los tiburones consideraron que el festín era suficiente. En cuanto al yate, por lo que había oído ya estaba más que carroza y oxidado por dentro. Por fuera se había gastado sus buenos dólares en pintura y era más fachada que otra cosa, dentro no había nada de verdadero valor.

—¿Ni cuadros?

—Eran copias. El dinero de la póliza doblaba en mucho lo que le hubieran dado por todo de poderlo vender.

—¿Te lo dijo él?

—Sí, en una de sus borracheras. Se gastó mucha pasta en mujeres, se llevó al yate a muchas artistas, ejecutivas, a chicas de la tele... Quería muescas para su flauta.

—¿Y qué pudo fallarle?

—No lo sé, todo estaba preparado; pero creo que el lugar donde ocurrió la tragedia no era el adecuado. Seguramente él había escogido un sitio donde su salvación fuera más fácil. Tenía un mapa de la ruta a seguir, algo debió adelantar los acontecimientos.

—¿Y el naufragio de los botes?

—De eso tampoco sé nada. Si hubiera subido a un bote, ahora yo también formaría parte de las proteínas de un tiburón.

—Bueno, lo que tú acabas de contarme es una parte de lo ocurrido.

—Muy interesante, vale más de diez mil.

—Si se sentencia que Santoaria preparó el naufragio, la viuda no va a cobrar un centavo.

—Me importa un rábano, ella no me da trabajo y, a lo sumo, pidiéndoselo por haber salvado a su hermanita, soltará un billete de los grandes. En cambio tú, si se demuestra que Santoaria hizo «boom» y «glu-glu-glu» con el barco, me vas a dar diez de los grandes. Está claro que salgo ganando. Eso sí, no vas a complicarme a mí, yo sólo recibía órdenes y no conocía todos los planes, sólo se trata de deducciones.

—De acuerdo. Ahora dime a quién compró el explosivo.

CAPITULO IX

Descolgó el teléfono. Reconoció inmediatamente la voz que penetró en su oído, pese a la distorsión de la distancia.

—¡Duncan!

—Hola, Warren. ¿Cómo siguen tus hembras tetudas?

—Muy bien, pero tú eres un cabrito hijo de perra.

—¿Me has tomado por tu espejo?

—Te crees muy listo y no eres más que un petardo.

—Warren, estás gastando mucha saliva estúpidamente. ¿Qué pretendes?

—¡Jodiste mi local!

—No será para tanto.

—Provocaste la desbandada, un patrullero vio lo que ocurría y se interesó, metiéndose dentro de mi local.

—¿Y qué pasó?

—Me lo han clausurado. He tenido que enviar a mis abogados y dar una fianza para que no me encierren.

—Vaya, yo sólo quise gastar una broma diciendo «¡Redada, redada!»

—Hijos de perra... Cuando te encuentren mis muchachos...

—¿Por qué no terminas la amenaza, acaso crees que tengo un magnetófono enchufado para luego ponerte cargos? Mira, Warren, tus matones' querían ponerme un molde de yeso.

—Sólo fue una broma.

—¿Como lo de meter a un chino en mi maletero?

—¿Qué dices?

—Sí, que tú metiste a un chino en el maletero de mi coche,

—¿Has tomado mucho whisky hoy?

—No. ¿Quién podía poner a un chino en mi maletero si sólo tú y tus hombres podían saber que mi coche estaba cerca de tu local? Supongo que andabais siguiéndome los pasos.

—No sé de qué hablas.

—El capitán Hower está buscando a quien mató al chino, agradecerá que le dé una pista.

—Oye, hijo de perra, no me metas en más líos, que estoy bajo fianza.

—Mejor para el capitán, así podrá retenerte en la comisaría y los interrogatorios serán más sencillos.

—De ese asunto no sé nada.

—Verás, yo pienso que tú eres el raquetero.

—Pero, ¿qué dices? —gritó Warren al otro lado del hilo telefónico.

—Pienso que tú quisiste extorsionar a Santoaria. El no te hizo

puto caso y tú pensaste hundirle el yate, pero alguien se te adelantó.

—Sigo sin entender en qué idioma hablas.

—Bien, te diré más, a ver si al final acabas de comprender; a los mongólicos hay que repetirle muchas veces las cosas.

—¡No tolero...!

—Cierra la boca, ensucias el cable. Verás, tú te pusiste nervioso al tener noticias de que el yate había naufragado, pensaste que la ley podía echarse sobre ti. Cuando yo fui a preguntarte, te liaste un poco y te sacaste de la manga lo del mensajero chino, el mensajero que tenían los raqueteros y eso no era cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Has querido darle verosimilitud al asunto del chino para despistar. Tienes miedo de que te echen los perros, dos docenas de muertos es muy peligroso. En una estación de autobuses o terminal de aeropuerto, tus hombres vieron a un chino y debieron ofrecerle un viaje gratis por Florida. El caso es que cuando se aseguraron de que no tenía identificación posible, lo retuvieron hasta que vieron mi coche. Le pegaron un tiro en la nuca y lo dejaron en mi maletero. Así quedaba como que los raqueteros tenían a un chino corno mensajero, un chino que no se relacionaría en absoluto contigo.

—Menuda historia acabas de inventar; si la escribes, hasta puedes ganar el Pulitzer.

—Fue una mala idea eso de raquetear a los propietarios de vates, Warren. No te salió bien y además se te adelantaron o diste la idea a otro. Ahora, el miedo te ha hecho cometer otra estupidez matando a un chino.

Warren se echó a reír de una forma insultante, pero que a Tob Duncan le pareció nerviosa.

—¡Demuéstralo, demuéstralo! —exclamó desafiante sin dejar de reír; luego, colgó.

Tob Duncan ahorquilló el auricular. Después, lo volvió a descolgar, marcó unos guarismos y esperó.

—Estación de policía diecisiete —respondieron—. ¿Diga?

—Quiero hablar con el capitán Hower.

—Está ocupado.

—Dígale que soy Duncan.

—¿Duncan?

—Sí, Tob Duncan, investigador privado.

—Un momento.

Apenas transcurrieron unos instantes antes de que el telefonista de la comisaría pasara la comunicación a su jefe.

—¿Duncan?

- Sí.
- ¿Qué tiburón te ha mordido?
- Es sobre el chino del maletero.
- ¿Sabes algo?
- Creo que puede ser, y digo «creo» porque no tengo pruebas...
- Es igual, dispara, nosotros ya las buscaremos.
- Un tipo que ha querido gastarme una broma pesada.
- El nombre de ese tipo.
- Warren.
- ¿Warren, el chulo?
- Sí, el que le gustan las chicas con ubres de vaca.
- ¿Por qué crees que ha sido él?
- Creo que intentó extorsionar a los propietarios de yates. A mi me dijo que eran otros y se metió un lío con un supuesto mensajero chino. Yo no sé más, pero te lo digo para que veas que colaboro con la policía.
- Gracias. Si sabes algo más, no te olvides de llamar.
- Ah, y si no encuentras pruebas contra Warren, por lo menos retenlo un poco, porque después querrá vengarse de mi y me va a lanzar a sus perros.
- ¿Quieres protección?
- No, gracias, prefiero trabajar por libre, sin tus sabuesos a mi lado.
- El capitán de la policía lanzó una risita antes de decir:
- Nos veremos pronto, Duncan, estoy seguro.
- Y colgó.

CAPITULO X

—¿Te ha dicho tu hermana que no salgas conmigo?

—Sí.

—¿Y la desobedece?

—Ni Martha es mi madre ni yo tengo cinco años.

—Enterado.

Tob Duncan, que había optado por alquilar un coche mientras la policía retuviera el suyo, aceleró.

—¿Qué dirías si te contara que Santoaria preparó el naufragio?

La muchacha se mantuvo unos instantes en silencio, pensativa; luego preguntó:

—¿Es seguro?

—¿No te extraña?

—No sé.

—¿Trataste mucho a Santoaria?

—No.

—Te drogó, ¿verdad?

—¿Te lo ha contado el negro?

—Sí.

—Yo creo que fue él.

—¿El negro?

—Sí.

—El lo negará.

—No pienso acusarle, lo doy por olvidado.

—¿Santoaria trató de violarte?

—Sí.

Duncan siguió circulando.

—Si no quieres responder, no lo hagas.

—Si lo que deseas saber es si consiguió violarme, la respuesta es no.

—¿Tu hermana lo sabe?

—No.

—¿Piensas contárselo?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Qué ocurrió, en realidad?

—Me sedaron, no sé qué tipo de droga me pusieron en la bebida, eso lo sabría el negro mejor que yo.

—¿Fue grosero contigo?

—Sí. fue grosero y cínico.

—¿Te importaría contarme algo?

Evel se encogió de hombros.

—Me dijo que haría lo que le diera la gana, que yo estaba dopada y apenas podía oponer resistencia.

—¿Dijo algo, algo significativo?

—«¡Estúpidos!»

—¿Estúpidos?

—Sí, fue cuando se escuchó un fragor, como una explosión.

—¿Qué crees que puede significar eso de «estúpidos»?

—No lo sé, habría que preguntárselo a Santoaria.

—Da la maldita casualidad de que está muerto.

—A mí, después de haber meditado sobre ello, me da la impresión de que ocurrió algo antes de lo que había previsto él.

—Comprendo; entonces, ese insulto iba dirigido a alguno de sus hombres.

—Puede ser —admitió Evel—. ¿Crees que será importante?

—Ante un jurado, es posible.

—¿Y tendría que declarar que intentó violarme?

—¿Te molestaría?

—Por mi hermana.

—Creo, Evel, que debes vivir tu vida independiente de la de tu hermana. Estoy seguro de que ella hace lo mismo sin pensar en ti; además, me temo que tenéis mentalidades opuestas.

—¿Por qué lo dices?

—Pienso que para ti el amor es una cosa y para tu hermana, otra distinta.

—¿Has podido comprobarlo?

Tob Duncan, en vez de responder, dijo:

—Mira, estamos llegando.

—¿Adónde?

Circulaban por una carretera de tercer orden que bordeaba playas y acantilados. La playa se veía desierta en muchos puntos y el mar brillaba esplendoroso.

—¿Ves un barco?

—Sí.

Duncan se salió de la carretera y descendió con el coche hacia la playa, justo adonde comenzaban las rocas del acantilado. Allí había un embarcadero construido contra las rocas y en él, varias embarcaciones amarradas.

En una de ellas, un oficial de la Marina esperaba mientras fumaba un cigarrillo.

—Vamos a él.

—¿Al barco?

—Sí. ¡Eh! —exclamó Duncan, llamando la atención cuando se acercaban a la zalúa tras haber abandonado el coche.

—¿Es usted Tob Duncan?

—Sí.

—¿Le importa mostrarme su documentación?

Cuando le hubo mostrado su documentación y el oficial hubo asentido, conforme, preguntó:

—¿Y la señorita?

—Es Evel Ibsen, la superviviente del naufragio y hermana de la viuda Santoaria.

—Bien, vamos, nos están esperando.

Evel miraba interrogante a Duncan, no sabía lo que iba a ocurrir.

El bote, perfectamente tripulado, llegó al barco que, inmóvil, se hallaba anclado en un punto de las aguas, a pocas millas frente a la costa, meciéndose suavemente pues la mar estaba en calma.

El capitán de la embarcación y un inspector de la policía les recibieron amablemente.

—Tomaremos café mientras ponen los últimos aparejos a punto —propuso el capitán.

El café les fue servido en cubierta, bajo un toldo que les protegía del sol.

—Señorita, ¿se acuerda usted del lugar en que naufragó el «Banana» —le preguntó el oficial de policía.

CAPITULO XI

—Mi capitán, todo está listo.

Tob Duncan se inclinó sobre el plano. Señalando un punto, opinó:

—Por el relato de lo ocurrido, el naufragio de los botes debió ser por aquí.

—Es lo que creemos nosotros —aceptó el oficial de la Marina.

El inspector de policía, al que Duncan no conocía, preguntó escéptico:

—¿Cree que encontraremos algo ahí, capitán? Las aguas son muy profundas.

—Confiemos en la suerte. El barco no puede moverse mientras el batiscafo esté sumergido, sería un peligro. El propio batiscafo o el cable podría tropezar o colisionar contra una roca o cualquier masa viva.

—¿Hay tiburones aquí abajo? —preguntó Evel, un poco asustada. El policía rezongó:

—¿Ya no se acuerda de los que vio?

—No los vi, estaba semiinconsciente.

—Para el batiscafo, el tiburón normal no es ningún peligro —aseguró el capitán—. Pero el tiburón azul y la oreo son demasiado grandes y si llegan a golpear el cable, el batiscafo oscila como un péndulo. Es demasiado peligroso para los que se hallen en su interior.

—¿Cuántas personas caben dentro? —inquirió Duncan.

—Cinco —respondió el comandante de la nave.

—¿Puede bajar la señorita?

—Sí, serán ustedes tres, un oficial y el especialista.

La nave que transportaba el batiscafo se movió lentamente para alcanzar el punto donde se suponía habían naufragado los botes. La grúa de la que pendía el batiscafo estaba dispuesta.

—Adentro y suerte. El especialista atenderá a sus peticiones dentro de lo que sea razonable —le dijo el capitán.

Evel sintió una sensación desconocida al introducirse en el batiscafo por la angosta compuerta superior.

Cuando ya estuvieron dentro, cerraron la escotilla y el especialista giró una rueda hasta asegurarse de que quedaba bien cerrada.

El interior del batiscafo era pequeño. Poseía unos asientos que se doblaban hacia las paredes para que no estorbaran si los que se hallaban dentro del aparato submarino permanecían de pie.

Tenía seis ventanas miradores distribuidas de forma que no quedaba ningún punto ciego.

—¿Nerviosa? —preguntó Duncan.

—No sé, es emocionante. Jamás había pensado que me llegaría a

meter en un cacharro de éstos.

—¿Alguien sufre de claustrofobia? —preguntó el teniente de la Navy que iba a comandar el batiscafo.

—Bueno, yo, hasta ahora, no me he puesto rabioso dentro de un ascensor cuando se ha parado entre dos pisos —comentó el policía.

—Cuando eso sucede —rezongó el especialista— uno no se pone nervioso si se encuentra a solas con una chica.

Bromearon cuando el batiscafo comenzó a moverse.

—¡Ah!

—Agárrese a los asideros —indicó el teniente a Evel.

Tob Duncan la cogió por la cintura y la sujetó mientras ella se aferraba a su vez al asidero.

Elevó sus ojos hacia los del investigador privado y éste sonrió. Evel no rechazó aquella mano, el brazo que la sujetaba, le agradó la sensación.

Estaba muy lejos de ser la que había sentido ante el acoso de Leonardo Santoaria.

El batiscafo fue elevado y luego, aquella burbuja de acero y super-cristal, chocó contra las aguas y comenzó a sumergirse. Vieron subir el nivel del agua por los cristales y a Evel se le ocurrió preguntar:

—¿Qué ocurriría si se rompiera el cable?

—Una válvula cerraría la entrada de aire —explicó el teniente mientras el batiscafo se hundía lentamente—. Llevamos un cartucho de aire comprimido, está calculado el tiempo para que el batiscafo, de forma autónoma y soltando lastre, pueda emerger por sí mismo. Una vez en la superficie, seríamos recogidos como una cápsula espacial que hubiera amarizado.

—Menos mal que estas cosas se modernizan —observó Duncan—. Antes, si se rompía el cable de sujeción y el tubo de respiración, se iban al fondo definitivamente y allá se quedaban.

Con una sonrisa, el teniente observó:

—Afortunadamente, todos esos problemas ya han sido resueltos.

—Esperemos no encontrarnos en una situación difícil —dijo el policía, mirando por una de las ventanillas mientras un pez se les acercaba para observarles a su vez con infinita curiosidad.

—No teman, todo está previsto —insistió el teniente—. Aunque no funcionara el lastre, disponemos de tiempo hasta que venga aquí un submarino de bolsillo automático que nos sacaría a flote.

—Parece que este viaje no entraña peligro —comento Duncan irónico, aflojando la presión en el cuerpo de Evel que ya se sostenía sin dificultades. Sin embargo, notó que la chica no se

apartaba mucho de él, parecía gustarle su proximidad física.

El batiscafo se fue hundiendo en las profundidades y la luz diurna, desapareciendo.

El espesor de la masa de agua que había sobre ellos cada vez impedía más que pasara la luminosidad del sol.

—¡Miren, un tiburón! —casi gritó el policía.

—No nos hará nada, no teman —sonrió el teniente.

El tiburón, un ejemplar grande, pasó junto a ellos y se alejó sin causarles ningún problema.

—Encenderemos los focos —dijo el teniente ante la ya excesiva oscuridad.

Se encendieron los focos que se hallaban bajo los pies de los que estaban dentro del batiscafo. Aquellos focos estaban orientados de tal forma que la luz se expandía bajo ellos en un radio bastante amplio, pero aún no se veía el fondo y Tob Duncan comentó:

—Parece mentira que tan cerca de la costa sea tan hondo.

—No es excesivamente hondo, nos da esa impresión porque no hay costumbre de descender. Esto ni siquiera se puede llamar fosa —explicó el teniente—. Aquí hay una depresión rocosa, es un lugar muy malo para rescates submarinos. El fondo no es llano, hay como barrancas.

Sonó un ruido de chicharra, se encendió una luz verde y el teniente de la Navy descolgó el teléfono.

—Aquí el teniente Oneil.

—Están llegando al fondo de la profundidad calculada.

—Bien, estaremos alerta.

—Parece que estamos llegando —dijo el especialista, y pudieron ver las primeras rocas de aquel mundo fantástico situado en las tinieblas.

—Atención, descenso lento —pidió el teniente por el teléfono.

El inspector de policía preguntó:

—¿Podremos ver algo interesante desde aquí?

—Se hará lo que se pueda —contestó el teniente.

Duncan inquirió:

—¿El batiscafo podrá desplazarse algo?

—Sólo lo que pueda moverse la grúa —dijo el teniente—. Como ya saben, el barco no puede cambiar de posición.

El batiscafo se estabilizó junto a una pendiente muy pronunciada en la que abundaban rocas y arena. Luego, había como una sima adonde no llegaba la luz de los focos y que semejaba penetrar hasta el centro de la Tierra.

Sobrecogía permanecer allí, colgados, con tanta presión de agua contra las paredes y cristales del batiscafo.

—¡Eh, ahí está! —exclamó Duncan.

Las luces del foco iluminaban tenuemente, debido a la distancia, a un bote que se hallaba inclinado y que corría el riesgo de caer más abajo para terminar desapareciendo entre aquellas profundas barrancas sin luz.

—Hemos acertado con el lugar —aceptó el teniente, satisfecho.

El policía preguntó:

—¿Podrán rescatarlo?

—Sí, creo que sí. Nos acercaremos al máximo y con el brazo electromecánico sujetaremos un garfio.

Se mantuvo la emoción. El teniente pidió por teléfono movimiento lento a la grúa mientras el especialista extendía hacia el exterior el brazo electromecánico, un brazo que terminaba en cuádruples pinzas.

Entre ellas ya llevaba un grafio de brazos múltiples unido a un cable que no se desprendió de la parte superior del batiscafo.

Lentamente, el batiscafo comenzó a moverse. El teniente advirtió:

—Sufrimos una acción pendular, pues no vamos a utilizar el pequeño motor de que disponemos. Si se sienten mareados, empleen las bolsas de plástico que hay para estas circunstancias.

El especialista aproximó el brazo al bote con cuidado para no colisionar y dejó caer el garfio, pues en su desplazamiento horizontal el batiscafo no podía detenerse y si el brazo chocaba contra el bote podría ocurrir algo irreparable.

Este resbaló por el bote hasta que quedó entre las maderas de unión de babor y estribor.

El batiscafo siguió desplazándose hasta llegar a un punto en que se detuvo. Luego, volvió a desplazarse en dirección contraria.

—¿Durará mucho esto? —preguntó el policía.

—El movimiento pendular ya no lo perderemos hasta llegar arriba.

—Eh, ¿qué es eso? —exclamó Evel.

—¿El qué? —preguntó Duncan.

—Entre dos piedras...

—Son crustáceos marinos —explicó el especialista—. Son ciegos, más al fondo ya no existen porque carecen de alimento.

—Parece que estén sobre una cabeza humana —opinó Duncan.

—¿Puede ser? —preguntó el teniente al especialista.

—En otro lugar lo dudaría, pero donde hay tiburones, eso puede ocurrir. Devoran a su víctima a grandes mordiscos y mientras cogen algunas partes, descienden hasta el fondo; allí, los crustáceos se alimentan de estos digamos desperdicios,

—Volveremos a pasar casi por encima —dijo el teniente.

Duncan preguntó al especialista:

—¿Podría coger cualquier cosa con el brazo electromecánico?

El especialista respondió:

—Si el batiscafo estuviera quieto, sí, pero en movimiento pendular es peligroso.

—¿Qué podría ocurrir?

—Que mientras trato de cogerlo, el batiscafo siga desplazándose pendularmente y golpeemos contra esas rocas que hay; cuando menos, se partiría el brazo.

—Teniente, ¿puede ordenar que lo haga? —inquirió Duncan.

El teniente vaciló y miró al policía que preguntó:

—¿Cree que es importante?

—Si es una cabeza humana, sin duda.

—Pero, no es seguro.

Ante la posibilidad de un peligro, el teniente prefirió no arriesgarse y consultó por teléfono mientras pasaban una segunda vez casi por encima de lo que habían descubierto. Todos trataban de identificarlo, pero los crustáceos se apilaban contra lo que debía constituir su alimento.

—Podemos intentarlo —manifestó el teniente.

—El movimiento pendular ahora es mejor; está quedando más lejos de nuestro alcance pero lo intentaré.

El especialista, utilizando el mando del brazo electromecánico, intentó cogerlo. A la primera pasada sólo consiguió arrancar uno de los crustáceos de grandes patas y larguísimas antenas. Todos contuvieron el aliento. La cabeza se movió hacia la pendiente, ya no cabía duda de que era una cabeza humana.

—Ahora —gruñó el especialista cerrando las pinzas en torno a su presa mientras el batiscafo seguía oscilando.

—¡Magnífico! —estalló Duncan.

—Ya es nuestra —dijo el especialista, satisfecho.

Moviendo el brazo, aproximó la cabeza a una de las mirillas. Dos crustáceos se desprendieron, pero uno todavía quedó prendido.

—Es horrible —musitó Evel, volviendo la cara.

—Es una calavera que conserva restos en su interior.

El teniente opinó:

—Es irreconocible.

Era fantasmagórica la visión de la calavera dentro de las profundidades marinas, sostenida por las pinzas metálicas y con dos horrendos crustáceos que se negaban a perder su presa, presa que habían estado vaciando con sus largas pinzas que introducían por las aberturas de la boca, de los oídos y de las cuencas ya vacías de los ojos.

—Que no se pierda —pidió el oficial de policía—. Servirá como

testimonio de lo ocurrido.

—¡Arriba! —indicó el teniente por el teléfono.

El batiscafo comenzó a ascender de las profundidades marinas.

CAPITULO XII

—¿Qué te ha parecido?

—Horrible —respondió Evel con sinceridad.

—La verdad es que no era ningún espectáculo atractivo. Debajo del mar y más cuando aún no están descarnadas por completo, las calaveras adquieren un aspecto muy extraño.

—Horrible —insistió Evel—. Creo que no la olvidaré jamás. ¿Y a quién pertenecía esa cabeza?

—No lo sabemos. El gabinete técnico de la policía hará una investigación a fondo para tratar de identificarla. Tienen los nombres de los que naufragaron y que fueron devorados por los tiburones. Esa calavera ha debido ser un desperdicio del festín.

—Que esa especie de horribles langostas han terminado por comerse. ¿Crees que habrá servido para algo bajar con el batiscafo?

—Sí. El bote tenía una tabla rota y parece ser que no por accidente.

—¿Quieres decir que queda bien claro que alguien preparó el naufragio?

—Sin duda alguna.

—Pero, ¿quién?

—Alguien que iba a beneficiarse con la muerte de Santoaria, eso está claro, salvo que existiera algún otro motivo soterrado.

—Piensas que ha sido mi hermana, ¿verdad?

—No puedo decirlo, sería una acusación demasiado grave, pero no hay duda de que ella es la beneficiaria de la póliza. Tampoco hay que olvidar la existencia de Morris.

Evel enmudeció, no habló más en el viaje de regreso.

Tob Duncan la dejó a la puerta del edificio de apartamentos donde vivían las dos hermanas.

Martha estaba esperando, su rostro reflejaba malhumor.

—¿Dónde has estado?

Evel respondió espontánea, no tenía intención alguna de mentir.

—He estado bajo el mar.

—¿Qué dices?

—Sí, Duncan me ha llevado al fondo del mar.

—¿Duncan, ese aventurero?

—Es un investigador privado por cuenta de la compañía aseguradora.

—Lo sé muy bien y lo que desea es que yo me quede sin los millones de la póliza.

—El hace su trabajo. Tenía que esclarecer el crimen, porque fue un crimen.

—¿Te ha convencido?

—El, no. El bote que ha sacado del fondo del mar estaba estropeado criminalmente por alguien que sabía lo que se hacía al poner el bote en el agua y pisotearlo. Una de las tablas se desprendió y comenzó a hacer agua de forma que no se podía tapar.

—¿Tú has visto el bote?

—Sí, ya te he dicho que he estado en el fondo del mar.

—No puedo creerlo.

—Pues, convéncete de ello. He estado en un batiscafo de la Navy, todos han sido muy amables conmigo al saber que yo era la superviviente del naufragio.

—¿Y qué más ha ocurrido? —inquirió Martha, fumando nerviosamente.

—Han encontrado una calavera, en realidad la he descubierto yo. Era horrible, los crustáceos ciegos seguían comiendo en ella. Creo que no podré olvidarlo jamás.

—¿Una calavera, era del naufragio?

—Dicen que sí, se la ha quedado la policía.

—¿Y cómo es que has estado en el barco?

—Me ha llevado Duncan.

—¿Te ha pedido que fueras con él a ese lugar?

—No, me ha pedido que saliera un rato con él, eso es todo.

—Y a ti te atrae ese aventurero...

—Es un hombre que me cae bien, es dinámico, no. sé como decirlo.

—Atractivo.

—Sí, sí lo es. Inspira confianza, a su lado una mujer se siente protegida.

—Duncan no es de fiar.

—Comprendo que le tengas miedo —replicó Evel dándole la espalda para acercarse a la ventana y mirar por ella. A lo lejos se veía el mar azul, el océano inmenso.

—¿Qué tratas de decir?

—Martha, sólo piensas en tu dinero, en tu maldito dinero. Te importa un rábano que dos docenas de personas fueran devoradas por los tiburones, incluso que yo misma estuviera a punto de morir, de quedar despedazada entre las fauces de los malditos tiburones.

—Claro que me importaba, pero ¿qué podía hacer yo? Murieron, eran amigos de Santoaria, yo nada podía hacer. Sigo viva y debo preocuparme de mí, de nosotras.

—De nosotras, no, de ti —le rectificó, mirándola desafiante.

—¿Por qué me hablas así?

—Porque tú estás hablando como una prostituta.

La diestra de Martha Ibsen resultó dura. Evel encajó la bofetada ladeando la cabeza, notando el calor en su mejilla que enrojeció rápidamente. No se revolvió contra su hermana, pero sí le dijo despacio, como meditando cada una de las palabras, casi mordiéndolas:

—¿No es ser prostituta casarse por dinero? ¿No es ser prostituta aguantar a un viejo asesino y mujeriego del que sólo estabas esperando que se muriera para cobrar la póliza?

—Yo no esperaba su muerte, eso lo ha traído el destino. Además pensábamos divorciarnos.

—Mientras Santoaria iba con su harén, tú te acostabas con Morris.

—¿Eso te lo ha contado Duncan?

—No, me lo dijo Santoaria, tu marido, que trató de violarme.

—¡Evel!

—Sí, hubiera sido muy divertido para él violar a la cuñadita después de drogarme, claro.

—¡No es posible!

—Claro que es posible. ¿Por qué, si no, estaba mareada, por qué me tuvo que salvar el camarero negro?

—No sabía nada.

—Vives muy preocupada de tu retorno al cine y todos dicen que estás acabada: que lo mejor será que no te gastes el dinero para convertirte en una fracasada.

—Eres cruel.

—¿Porque me encaro con la verdad?

Martha cogió una botella de whisky, vació parte de su contenido en un vaso y bebió largamente de él. Evel la miraba sin intervenir.

—¿Por qué tratas de engañarte a ti misma, Martha?

—Basta, Evel, basta, no tienes edad para darme lecciones, no has vivido aún. Has estado arropada en buenos colegios donde es muy costoso educarse, donde sólo entran los privilegiados, todavía no sabes lo que es vivir.

—Pues he estado a punto de morir y no cabe duda de que todo lo del naufragio fue provocado por un criminal asesino y Duncan lo descubrirá todo.

—Duncan, Duncan... ¿Qué crees que es Duncan, un dios? ¿Es eso lo que piensas?

—Un dios, no, un hombre, un hombre que en nada se parece a Santoaria.

—Sí, un hombre que te ha deslumbrado y que te cuenta lo que quiere. Tú bebes sus palabras como si fueran los versículos de la Biblia.

—Me parece sincero y noble.

—¿Sincero?

—Sí.

—¿Te ha explicado que se ha acostado conmigo para sonsacarme? Evel quedó quieta, como si acabara de sufrir, un shock mental del que no pudiera recuperarse; no daba crédito a lo que había oído.

—No es posible.

—Sí lo es. ¿No te lo ha contado él?

—No puedo creerlo, no puedo creerlo.

—Tu dios se ha caído del pedestal, ¿eh?

—Has hecho lo que has querido, sacaste el dinero a Santoaria que una vez te apartaste de él se contentó con modelos o furcias disfrazadas de modelo. Tú te ibas con Morris, pero por lo visto no tenías bastante y cuando Duncan se te ha puesto a tiro lo has llevado a la cama.

—Soy una mujer liberada; en cambio, tú eres una niña aún.

—Soy una mujer, una mujer con sentimientos y con un cuerpo que vibra.

—No me digas que también te has acostado con él.

—No, no lo he hecho, y no me hubiese importado.

—Pero, te duele que sí lo haya hecho conmigo.

—¡Te odio, Martha, te odio!

Evel se alejó corriendo para encerrarse en su habitación dando un violento portazo.

Martha se echó a reír. Se llevó la botella de whisky a la boca, sin pensar ya en el vaso, y bebió ansiosamente. Luego rompió a llorar mientras el timbre del teléfono sonaba insistente.

No quería descolgarlo, era como si no lo oyera, como si el timbrazo no penetrara en sus oídos hasta el cerebro, torturándola. Al fin, descolgó, conteniendo sus sollozos.

—¿Sí?

—Martha, soy Morris...

CAPITULO XIII

—Quieto, no te muevas o te envío al infierno.

El tipo había surgido por detrás del coche, como un aparecido. Logró sorprender a Tob Duncan que, por lo general, solía estar alerta.

Le miró y observó que la pistola que llevaba en la mano no era de juguete y además iba provista de silenciador.

El pulso de aquel individuo no temblaba, no era un sujeto nervioso, parecía saber bien lo que hacía y, por tanto, había que catalogarlo como más peligroso.

Duncan no pudo reconocerle; llevaba peluca de rizos, barba postiza y gafas con aditivo de nariz postiza. Hasta era posible que llevara añadido en las encías para deformar la boca, lo que también modificaba la voz.

—¿Qué te pasa, tío, no tienes para pagarte el «chocolate»?

—Je, je, je, je...

La forma de reír de aquel tipo le indicó que estaba lejos de cometer un asalto simplemente buscando dinero para pagarse droga blanda.

No era el clásico desesperado que busca de diez a treinta dólares para pagar a su camello, al que le proporciona la droga.

—Ponte contra el coche, las manos en la nuca.

—¿Como si fuera un arresto?

—Exacto. Sé que eres listo con el karate, el kung-fu y el full-contact, de modo que estaré alerta y si te mueves, primero te meto un plomazo donde pueda, luego otro en las partes y cuando rabies muchacho, en la sesera. Te irás al infierno capado.

—Oye, ¿y si me acuerdo de tu madre, qué va a pasar?

—Que te partiré el cráneo.

—¿La querías mucho?

—No me enrolles y ponte contra el coche.

De mala gana, Duncan obedeció. El tipo que se ocultaba bajo el disfraz le cacheó.

—Levas un buen pistolón —le dijo, quitándole la «Magnum» de grueso calibre.

—Es mi seguro de vida —le replicó Duncan, irónico.

—Pues acaba de caducarte la póliza. Ahora, adentro, vas a conducir. Yo iré detrás de ti, apuntándote a la cocorota.

—¿Vamos a dar un paseo?

—¿Y a ti qué te parece, tío? Vamos, mueve el «carro».

Salieron del parking subterráneo; al subir la pendiente, notó que al automóvil le faltaba un poco de fuerza, pero llegó al asfalto de la calle.

—¿Y por dónde paseo, por la playa, por la montaña o nos vamos al sur?

—Coge la North Road.

—No llevo mucho carburante en el «carro».

—Tú dale al pedal y no te quejes.

—¿Y si nos quedamos sin gasolina?

—Seguiremos a pie y nada de señales luminosas porque si veo que se acerca un patrullero te agujereo la cocorota.

—¿Y si lo hacen para pedirme la documentación?

—Me da lo mismo, procura que no se te acerquen, te va la vida en ello.

Tob Duncan salió de la ciudad mientras aquél desconocido que disfrazaba su rostro y su voz se acomodaba más y mejor en el asiento; parecía demasiado seguro de sí mismo y Duncan no dudó que podía pegarle un tiro.

Vio asfalto libre delante de él y hundió el pie en el acelerador pero el automóvil no corrió lo que él esperaba.

—Je, je, no correrás lo que quieras para librarte de mí. He puesto un tope de goma en el pedal.

—Bien, no correremos, daremos un paseo, pero ¿quién te manda?

—¿Crees que soy un sicario?

—Eso pareces, un verdugo a sueldo.

—Empieza a rezar, Duncan.

—Preferiría darte una patada en los pistones.

—Así me gusta, no pierdes el buen humor pese a que estás a un paso de la muerte.

Duncan comprendía que de nada serviría detener el coche cerca de algún policía.

Aquel tipo trataba deshacerse de él e iba a conseguirlo si no intentaba nada. Tener limitada la potencia del automóvil le restaba posibilidades porque de haber aumentado la velocidad, el pistolero que llevaba a la espalda correría el mismo riesgo de muerte que él.

La carretera comenzó a hacer pendiente y aprovechó aquella circunstancia para dar gas al máximo de lo que permitía el tope de goma que le hablan colocado en el pedal para que no pudiera acelerar en exceso.

Con una maniobra rápida, abrió la portezuela y se dejó caer al suelo al tiempo que daba un golpe de volante. Aquella acción era casi suicida.

Cayó al borde del arcén rodando sobre sí mismo mientras el auto se salía de la carretera y rodaba pendiente abajo; el lugar no parecía excesivamente peligroso.

Un automóvil pasó tocando el claxon junto a Duncan. De no haber estado muy ducho en las artes marciales orientales, aquella caída podía haber sido más que mortal para él.

Cuando Duncan se levantó, vio que su coche se hallaba detenido contra un árbol que se había destruido en parte.

Dos vehículos pararon cerca para ofrecer auxilio y Duncan comenzó a acercarse lentamente. Estaba desarmado y el tipo que se hallaba dentro de su coche iba armado con dos pistolas, la que llevaba consigo y la que le quitara el propio Tob Duncan.

Un motorista de la policía de carretera se detuvo, atraído por los coches que hablan demandado su atención. Desmontó y se les aproximó.

—¡Eh, usted! —gritó a Duncan.

En aquel instante, el investigador privado notó que la muerte silbaba cerca de él; una bala le dio en la cadera y cayó al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó el agente que no había oído los disparos pues habían sido realizados con silenciador.

—¡Va armado! —le advirtió Duncan.

Rápidamente, el agente desenfundó su pistola de reglamento y se lanzó al suelo al tiempo que efectuaba un disparo al aire, lo que consiguió que los mirones comenzaran a apartarse y a ponerse a buen resguardo.

—¿Le han disparado? —preguntó el agente.

—Sí, lleva pistola con silenciador.

—¿Quién es?

—No lo sé. Soy investigador privado y ese tipo quería eliminarme.

El agente, viendo sangre en la cadera de Duncan, hizo otro disparo contra el coche.

—¡Salga con las manos en alto!

No hubo respuesta. La puerta se entreabrió y apareció una mano armada que cayó lánguida, la pistola quedó en el suelo.

Duncan corrió hacia el coche y al llegar junto a él, abrió la portezuela.

—¿Cómo está?

—Por lo visto, muy mal. El choque ha debido afectarle pero ha dejado un tiempo con suficiente conocimiento para tratar de llevar a cabo su ejecución.

—Vive —dijo el agente.

—Mejor.

Duncan le quitó la peluca, las gafas y la barba, reconociéndole de inmediato.

—¡Warren!

—¿Le conoce?

—Sí, es un mafioso.

Sacaron a Warren del interior del coche y lo tendieron sobre el suelo de tierra.

—No se mueva, voy a llamar a una ambulancia.

Ya en el centro médico, Tob Duncan fue curado de su herida.

Un sargento de la policía estatal le tomó declaración.

—¿Cómo está Warren?

—Bastante mal, pero dicen que se salvará. La Metropolitana lo andaba buscando, irá a un centro médico judicial.

—Ya me contarán lo que ha declarado.

—En estado de inconsciencia sólo repite su nombre, Duncan.

—¿Ah, sí?

—Sí, jura que lo matará.

—Pues, por poco lo consigue.

—Bien, léase la declaración y fírmela si no tiene inconveniente.

—Como no.

A la salida del centro médico, tomó un taxi.

Estaba claro que el capitán Hower había tratado de arrestar a Warren y éste había escapado a tiempo. Sabiéndose perseguido, había tratado de vengarse del hombre que le había denunciado a la policía, no cabía pensar otra cosa, pero a Tob Duncan le quedó una duda.

«¿Sería él quien disparó contra Evel y contra mí en el acantilado o fue otra persona?»

En aquellos momentos, no tenía respuesta para semejante pregunta.

CAPITULO XIV

Cuando llamaron al timbre de la puerta, Tob Duncan se acercó a ella cojeando. Iba en pijama y notaba el dolor de la herida. Por suerte, no le había afectado al hueso, pero la herida, al cabo de las horas, se ponía molesta y dolorosa.

Al abrir la puerta se encontró frente a frente con Evel. Estaba pálida, vestía unos ajustados blue-jeans, una camisa de manga corta y zapatillas playeras.

—Hola.

—Evel...

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro, pasa. Disculpa que vaya en pijama, estaba descansando.

—Si molesto, me voy.

—No, pasa, pasa. Podemos ver un rato la tele juntos, harán alguna película.

—No soy ninguna niña —le corrigió ella.

Evel se adelantó hasta llegar al tocadiscos. Miró los LPs que había y escogió uno de Bob Marley. El ritmo jamaicano de los rastafari inundó el apartamento.

—¿Te gustan?

—No está mal —respondió Duncan—. Ahora, Jamaica es la meca de lo pop.

—¿Qué te sucede, cojeas?

—Un poco.

—¿Un accidente?

—Sí a un balazo se le puede llamar accidente.

—¿Un balazo, y es grave?

—No, mañana ya no cojearé. Dentro de unos pocos días, como nuevo y una cicatriz más, gajes de la profesión.

—¿Quién te ha disparado?

Ante el interés mostrado por Evel, Tob Duncan sonrió.

—Su nombre no te diría nada.

—¿Tiene que ver con el caso del naufragio del «Banana»?

—Creo que sí. El que me ha disparado tiene un yate también, se ha metido en líos, se ha puesto nervioso y se ha liado a tiros.

—¿Por qué contra ti?

—Porque quería deshacerse de mí, se ha puesto muy nervioso. Estaba habituado a meterse en negocios sucios pero negocios burdos, groseros. Ha querido meter la cabeza en asuntos de envergadura y la ha perdido. Veamos, ¿quieres un vaso de leche?

—¿Leche?

—Sí, ¿qué hay de malo?

—Deja de tratarme como a una cría.

—¿Y cómo quieres que te trate?

—Como a una mujer.

—Me niego a darte whisky.

—¿Por qué?

—No vas a ganar nada habituándote a beber whisky y otras bebidas alcohólicas. Apártate de ellas desde el principio y todo será más fácil.

—¿Me lo sugiere un experto?

—Un hombre que ha visto a muchos alcohólicos y alcohólicas que han pretendido ponerse al día, tener un aire moderno e

importante y han acabado tiradas en cualquier calle, dando pena.

—¿Y un cigarrillo?

—Si quieres coger el cáncer.

—¿Tú no fumas?

—No demasiado. A veces, admito que calma los nervios.

—Dame uno.

—Es tu decisión. —Le prendió fuego al pitillo y se sentó frente a ella, preguntándole—: ¿Qué me cuentas?

Evel succionó el cigarrillo y después expulsó el humo con lentitud.

—Tenía ganas de hablar con alguien, me aburro. Mi hermana tiene sus problemas que resolver y yo no estudio ni trabajo, no hago nada, soy una parásita.

—¿Te gustaría probar?

—¿El qué?

—Secretaria, aunque fuera por unas pocas semanas.

—¿Secretaria? —Frunció el ceño.

—Te pagaría poco, doscientos a la semana.

—¿Secretaria de un investigador privado?

—Sí, pero ya te he dicho, sólo por unas semanas.

—¿De veras te hago falta?

—Hace tiempo tañía una secretaria, pero se casó y se fue a vivir al norte y me dejó. Las cosas se han desordenado un poco.

—Pero, ¿tú tienes oficina?

—Sí, una oficina pequeña, con mucho desorden, no tengo tiempo para ocuparme de ella. Menos mal que últimamente nos ayuda mucho la electrónica en la clasificación de datos.

—Cuenta conmigo.

—¿Y tu hermana?

—No creo que pueda molestarse porque trabaje y trate de ser independiente. Después de todo, yo no aspiro a ser actriz de cine.

—En realidad, ¿por qué aceptas, Evel?

—Porque me parece bien como experiencia.

—Te veo la cara triste. ¿Te ha sucedido algo desagradable y me refiero a algo ocurrido recientemente, quizás hoy mismo?

—¿Pretendes ser adivino?

—Un investigador privado debe ser algo psicólogo.

—Eso mismo lo dicen los maestros, los médicos y hasta los taxistas.

—Es cierto, pero a ti te ha ocurrido algo.

—¿Cuándo empiezo a trabajar?

—Hoy, ¿por qué no?

—Magnifico. Por cierto, ¿si te hiciera una pregunta directa la responderlas sin evasivas?

—Eso quiere decir que, en vez de una pregunta, entre esos dos magníficos ojos que tienes, un cañón apunta hacia mí y voy a recibir un balazo en vez de una pregunta.

—¿Te has acostado con Martha?

—¿Te lo ha contado ella?

—Te he pedido sin evasivas.

—Pues sí, pero eso no tiene mayor importancia y tú que eres una chica de la nueva generación lo verás claro.

—¿Te acuestas con todas las mujeres que se tropiezan en tu camino?

—Con todas, no, pero vivo solo, no debo cuentas a nadie y no soy infiel a nadie que haya depositado su confianza en mí. ¿Crees que hago mal?

Ella le miró fijamente, sin dejar de fumar.

—Lo encuentro lógico, los hombres sois cazadores por naturaleza.

—Se puso en pie—. Bueno, gracias por el cigarrillo, me voy.

Duncan captó el cambio de actitud en la muchacha y se levantó cortándole el paso hacia la puerta.

—¿No ibas a empezar a trabajar hoy?

—Ya no me interesa ese empleo.

—¿Y si te dijera que Martha no significa nada para mí?

—Da igual, el empleo ya no me interesa.

El hombre la cogió por la cintura; era una cintura estrecha que quedaba cogida entre sus manos. Evel le miró fría, desafiante.

—Puede que cometa una torpeza, pero tú me gustas, Evel.

—Sólo falta que me digas que te gusto de una forma distinta que las otras que han calentado tu cama durante tantas y tantas noches.

—No voy a intentar seducirte, sería una torpeza por mi parte, una torpeza que no voy a cometer.

—Déjame marchar.

Lo había pedido con firmeza.

Se inclinó sobre el rostro femenino y la besó en los labios.

Evel no se entregó a la caricia; bajó las manos, tocó el bulto del vendaje de la cadera de Tob y apretó. Duncan separó sus labios de los de ella y dijo:

—Si quieres torturarme, hazlo, quizás luego te sientas mejor.

Ella tenía la mano sobre la herida, sintió un ligero temblor.

—No me obligues a hacerlo —dijo ahora con labios trémulos.

Duncan notó la presión de la mano de ella sobre la herida: acusó el dolor íntimamente pero no lo manifestó, siguió besándola con profundidad.

—No te pareces en nada a tu hermana.

—Pues ve con ella si es lo que deseas, no creo que te rechace.

—Es que no quiero ir con Martha. Me gustas tú, me atrae lo difícil.

Ella se dio cuenta entonces de que sus dedos estaban algo mojados. Se miró la mano.

—¡Sangre!

—¿Es que creías que no me torturabas porque no gritaba de dolor.

—Tob, Tob, soy estúpida y cruel.

—Supongo que habrá que cambiar las gasas de la herida.

—¿Me permites que lo haga yo? —casi suplicó.

—Si no te importa que me baje los pantalones del pijama...

CAPITULO XV

Evel abrió la puerta del apartamento propiedad de su hermana. Regresaba a él acompañada de Tob Duncan; había algo entre los dos, algo que pensaban comunicar a Martha. Tob no creía oportuno hacerlo, pero Evel había insistido.

Entraron en el apartamento y Tob Duncan, por instinto, olfateó el ambiente como si fuera un sabueso; no lo habría hecho de no haberle llamado algo la atención.

—¡Martha! —llamaron.

En el living había una botella tirada en el suelo, parte del licor se había escurrido sobre la moqueta. Evel se inclinó para recoger la botella, pero Tob Duncan se lo impidió cogiéndola por el brazo.

—No la toques.

—¿Por qué?

—No sé, pero no la toques.

—Martha bebe demasiado.

—Es posible que haya bebido en exceso, media botella de whisky puede ser suficiente para mandarla a la tumba. Hay tipos que resisten hasta una botella entera, pero en otros, el hígado estalla.

—¿Crees que Martha habrá bebido en exceso?

—Aquí huele a whisky, Evel, a whisky y a otras cosas.

—¿Qué cosas?

Duncan se dirigió a la alcoba antes de responder.

—Llama a la policía.

—¿Cómo?

Evel corrió hacia la habitación y descubrió a su hermana tendida en la cama, con el brazo colgando fuera de ella.

Tob le tomó el , pulso y luego dejó el brazo colgando de nuevo.

—¿Muerta?

—Si. —Tob miró el frasco tirado sobre la alfombra— Ha tomado un exceso de medicamentos.

—Martha, Martha, ¿por qué? —sollozó Evel.

—Lima al capitán Hower y comunícale lo ocurrido.

—Pero, ¿por qué, por qué?

—Evel, no hagas demasiadas suposiciones todavía.

—¡Se ha suicidado por la discusión que hemos tenido! —gritó, sintiendo que la culpabilidad le arañaba las entrañas.

—Quizás no es lo que pensamos, Evel.

—Tob, Tob, ¿qué es lo que quieres decir?

—No tengo aún las ideas muy claras, llama al capitán Hower y dile que Martha ha muerto, ellos son los que deben inspeccionar el apartamento. No toques nada.

—No puedo quedarme aquí, no puedo si tú te vas.

—Está bien, yo llamaré.

Descolgó el teléfono tocándolo con mucho cuidado para no borrar posibles huellas. Marcó una serie de números y esperó.

—Aquí estación de policía —le respondió el agente encargado de la centralita telefónica.

—Dígale al capitán Hower, de parte de Tob Duncan, que Martha Ibsen está muerta en su apartamento.

—Un momento, le paso al capitán.

El capitán Hower se puso al teléfono de inmediato.

—¿Qué pasa?

—Capitán, soy Duncan.

—¿Qué ocurre ahora?

—Martha Ibsen ha muerto.

—¿Cómo?

—Está en su cama, parece que ha bebido en exceso y ha tomado una sobredosis de medicamentos. No hemos tocado nada para que pueda investigar.

—Un momento, Duncan. ¿Me ocultas algo, verdad?

—No sé nada aún, pero voy a seguir una pista. Por cierto, ¿y Warren?

—Vivirá, pero se va a pasar el resto de su vida en presidio. Hemos identificado al chino, era un turista residente en San Francisco que estaba aquí de vacaciones. La bala corresponde a una pistola que Warren tenía en su yate. No cabe duda que él fue el asesino del chino y por lo visto había iniciado el racket tomando como víctimas a los propietarios de yates. Acabará confesando que fue él quien hundió el «Banana».

—Warren ha hecho racket, no cabe duda; ha matado al chino para confundirme y que siguiera pistas por otra parte, pero estoy convencido de que no ha sido él quien hundió el «Banana».

—¿Ah, no? ¿Quién fue, entonces?

—Estoy a punto de averiguarlo, cuando lo sepa se lo diré.

Colgó mientras el capitán Hower se desgañitaba al otro lado del hilo.

—Tengo que marcharme antes de que llegue la policía. ¿Quieres quedarte aquí?

—No, no lo soportarla. Si aún estuviera viva, pero está muerta.

—Dejaremos la puerta entornada, nos vamos en seguida.

Salieron del edificio. En el parking estaba el automóvil deportivo que la policía ya había devuelto a Duncan después de sacar todas las huellas digitales.

Warren pagaría por aquel crimen absurdo con el que había pretendido despistar a Duncan para que no se descubriera que había estado extorsionando a los propietarios de yates y entre

ellos, a Leonardo Santoaria, aunque éste último no se había dejado presionar.

—¿Adónde vamos? —inquirió Evel cuando ya el coche rodaba sobre el asfalto y un patrullero, haciendo sonar su sirena, arribaba al edificio; pronto llegarían otros más y una ambulancia.

—¿Tú no has notado nada, aparte del olor a Whisky?

—¿Te refieres a olores?

—Sí.

—Pues no.

—Falta de costumbre.

—¿Qué has notado tú?

—Pronto lo sabrás, hay olores que dejan rastro.

Se detuvo frente al gimnasio.

—Espérame —pidió a la joven.

Entró en el recinto y preguntó:

—¿Está por aquí Luis Dragón?

—No, no ha venido hoy —le respondieron.

—¿Dónde vive?

—En el tercer piso del 14 de Ginger Street.

Salió corriendo. Subió al coche y volvió a ponerlo en marcha.

—¿Qué estás buscando, Duncan?

—Pronto lo sabrás, es muy sencillo.

Detuvo el automóvil frente al número catorce de Ginger Street y de nuevo pidió a Evel:

—Espérame.

—No, voy contigo.

—¡Espérame!

Evel insistió, siguiéndole. Tob Duncan subió los peldaños rápidamente y llamó a una puerta.

—Eh, ¿quién es?

—¿Luis? Soy Duncan, traigo lechugas para que comas.

La puerta se abrió. En el umbral apareció la figura alta y fuerte del ex-boxeador que sonreía abiertamente.

Tob olfateó; al notarlo, Evel hizo lo mismo y la expresión de su rostro cambió súbitamente.

—Sí, sí, es este olor...

—Muy bien, Evel, tu olfato funciona —aprobó Tob.

—Oye, ¿qué pasa, no ibas a darme billetes?

—Luis, cada persona tiene un olor corporal característico y entre las distintas razas también varía el olor. Hubiera sido mejor que te ducharas antes de visitar a Martha Ibsen, has dejado el apartamento impregnado de tu olor. Por lo visto, sudas mucho. Yo no considero a los negros superiores ni inferiores, pero el olor es distinto.

—No entiendo nada.

—Adentro, Luis, vas a contarme por qué hundiste el «Banana».

—¿Qué broma es ésta?

—La solución es tan simple que por ello nadie supo verla desde un principio.

—Explícate —le pidió Luis sin perder su sonrisa.

—¿Quién sabía que Santoaria estaba en la cama, muy entretenido?

—Pues...

—El —señaló Evel.

—Exactamente —corroboró Duncan.

—El me puso la droga en la bebida aunque luego me salvó.

—Esa fue su coartada para que nadie se fijara en él. Por supuesto no pensó en los tiburones, se conformaba con que se hundieran los pasajeros sin poder llegar a la costa. En realidad, aunque se hubieran salvado algunos, no importaba, pero Santoaria era viejo y seguro que él no alcanzaría la costa.

—¿Tratas de acusarme? —rezongó Luis.

—¿Quién sabía que había un explosivo en el barco? ¿Quién pudo preparar los botes para que se rompieran las tablas del fondo nada más pisarlas?

—Todo son elucubraciones, ningún jurado me sentenciaría por eso.

—Has estado disimulando, aceptaste dinero de mí como confesando que Santoaria pretendía hundir el yate. Después de todo, conociendo los planes de Santoaria, intuías que te ibas a quedar sin empleo y pensaste que podías pescar en ese río revuelto. La policía, la prensa, la compañía aseguradora, todos pensarían que si había un culpable éste tendría mucho que ver con los beneficiarios de la póliza de seguros. Conociendo de antemano los planes de Santoaria, pudiste elaborar los tuyos y sorprenderle, por eso tú no fuiste a los botes. Confiaste en llegar a la playa nadando y no hizo falta porque un helicóptero os rescató a ti y a Evel a la que salvaste para que si se fijaban en ti fuera como un salvador. Luego proseguiste tu plan cogiendo dinero a Martha Ibsen en plan de agradecimiento. Lo has llevado todo con una perfección absoluta, has demostrado ser muy inteligente. Nadie se ha fijado en ti, lástima que no te ducharas; el olor en el apartamento de la viuda Santoaria te ha traicionado.

—¿Y con esas suposiciones vas a ir a la policía? —preguntó Luis, entre jocoso y desafiante.

—Por alguna parte debes tener un rifle con mira telescópica, un rifle que utilizaste contra Evel y contra mí, seguramente para darnos a entender que una pandilla de asesinos nos perseguía. Ese

rifle debes tenerlo tú y lo encontraré. Ah, abajo he visto una moto potente, no negarás que es tuya.

Luis Dragón dejó de reír pero replicó:

—No es suficiente, por eso no van a condenarme.

—Luis, tú robaste algo a Santoaria; pensaste que, hundido el yate, no se iba a descubrir tu robo, un robo que debiste llevar a cabo antes de que el yate zarpara.

—¿Qué podía robar yo, de qué iba a beneficiarme?

—De algo que Martha Ibsen no encontró por parte alguna, algún valor con el que ella también quiso hacerse secretamente. Tú, para que no hablara, la has obligado a beber y luego le has hecho tragar los medicamentos suficientes para asesinarla. Así murió Marilyn Monroe y así ha muerto Martha Ibsen, pero este crimen no lo has hecho tan perfecto como para que la policía no lo descubra, máxime sabiendo que tú has estado en ese apartamento.

—Suposiciones.

Evel miró a Duncan y le preguntó:

—¿Podría tratarse de un alijo de esmeraldas?

El rostro de Luis cambió totalmente y su puño salió disparado contra la cabeza de Tob Duncan, pero éste se ladeó a tiempo. El investigador le proyectó una patada que le alcanzó en el estómago haciéndole caer hacia atrás, pero Duncan se resentía de la herida que le causara Warren.

Luis sacó una navaja de gran tamaño que trató de hundir en el cuerpo de Duncan dando un gran salto; la hoja se clavó en una puerta mientras Duncan se hacía a un lado. Luis aprovechó para saltar hacia la puerta y correr al exterior tratando de escapar escaleras abajo.

—¡Quieto, Luis!

Luis siguió bajando. Tob Duncan sabía que no podía perseguirle corriendo, pues la herida de su cadera se lo impedía; por ello, hizo un disparo que atronó la escalera puesto que empuñaba la potentísima «Magnum».

Luis continuó corriendo. Duncan se revolvió rabioso dentro de aquel miserable apartamento, saltó y sobre un armario pudo ver un paquete alargado. Lo cogió casi de un zarpazo y lo desenvolvió, era el rifle con mira telescópica.

—¡Aparta, Evel!

Se acercó a la ventana cuando Luis ya ponía la motocicleta en marcha.

Ajustó la mira telescópica cuando ya la rueda de la moto saltaba sobre el asfalto. Duncan apretó el gatillo sin saber siquiera si el arma estaba cargada o no, no tenía tiempo para asegurarse de nada.

Sonó el estampido y la moto cayó al suelo, Luis había recibido el impacto en la pierna. Se revolvió en el suelo sin poder liberarse de la moto cuya rueda posterior giraba ruidosamente; había sido cazado.

EPILOGO

El capitán Hower abrió la caja que, supuestamente, debía contener pastillas para la gastritis y volcó sobre la mesa un puñado de grandes y hermosas esmeraldas,

—Este era el tesoro secreto que Santoaria guardaba para su situación más desesperada. Luis lo averiguó y se lo robó al ex-dictador. Como era su hombre de confianza, siempre estaba cerca de él y se lo arrebató antes de que el yate zarpara. Luis había luchado en Vietnam y conocía muchas tretas y el manejo de explosivos, por eso adelantó el hundimiento del yate, sorprendiendo a Santoaria. Si después se averiguaba que el yate había sido hundido criminalmente, las sospechas recaerían sobre el propio Santoaria porque éste había comprado el explosivo, lo cual se ha demostrado, y Santoaria ya no podría esclarecer ningún punto oscuro.

—Si que fue listo Luis.

—Pues ahora está dispuesto para ser llevado ante un jurado, lo mismo que Warren que tuvo miedo y mató a un chino inocente para ocultar que había intentado extorsionar a Santoaria, lo que le convertía automáticamente en el principal sospechoso. Un caso complicado que tú, Duncan, has sacado adelante y bien caro que lo cobras, el diez por ciento de la póliza que la compañía va a tener que abonar, pues el yate lo hundió un asesino que no había pagado la póliza.

—Míster Shorenn alegará que la intención de Santoaria era beneficiarse de la póliza hundiendo el «Banana» —advirtió Duncan.

—Sí, pero perderá.

—¿Y quién cobrará el dinero de la póliza? —preguntó Evel, apartando sus ojos de las refulgentes esmeraldas.

Los dos hombres la miraron a ella y Duncan dijo:

—Tú.

—¿Yo?

—La heredera era Martha, pero muerta ella, tú eres su heredera. Ahora supongo que ya no querrás tener amistad con un investigador privado.

—¡Tonto! —le dijo, cogiéndole por la cintura, estrechándose contra él en señal de abierta entrega.

—Y un juez ya dictaminará quién se queda con estas esmeraldas.

—Si fueran mías, regresarían al pueblo de donde fueron robadas

—dijo Tob Duncan—. Pero, ya será un juez quien decida. Ahora, Evel, tú y yo nos vamos, ¿qué te parece?

—Adonde tú digas, amor.

El capitán Hower les vio alejarse mientras sus dedos jugueteaban con las valiosas gemas halladas en un escondite que tenía Luis

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**